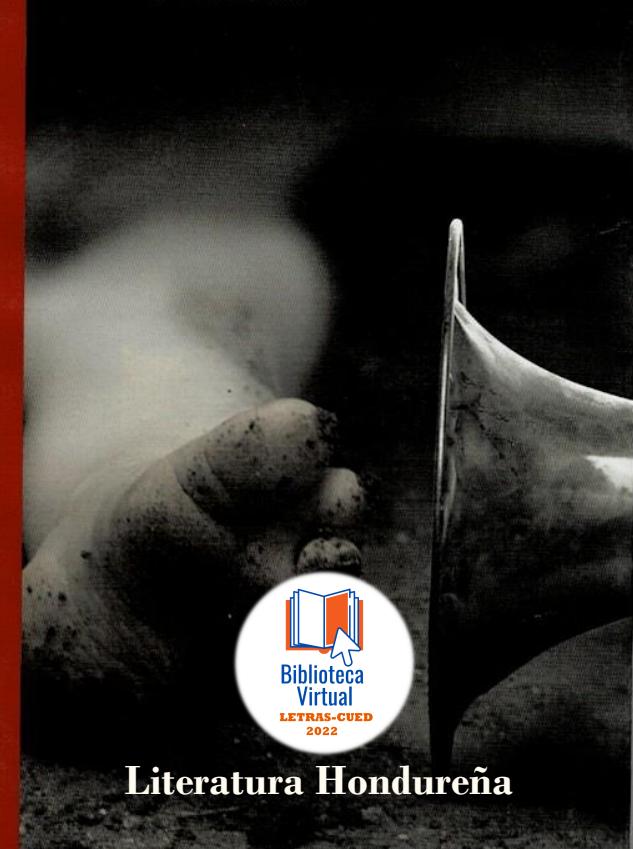


ALFAGUARA
SEMI-ROJA

Roberto Castillo

El corneta



Literatura Hondureña



© De esta edición:
2012, Editorial Santillana, S.A.
Col. Lomas de Tepeyac, casa 1626, Blv. Juan Pablo II
Tegucigalpa, Honduras, C.A.
Teléfono: (504) 2239 9884

Alfaguara es un sello editorial de Prisa Ediciones
Estas son sus sedes:

ARGENTINA, BOLIVIA, CHILE, COLOMBIA, COSTA RICA, ECUADOR,
ESPAÑA, ESTADOS UNIDOS, EL SALVADOR, GUATEMALA, HONDURAS,
MÉXICO, PANAMÁ, PERÚ, PUERTO RICO, REPÚBLICA DOMINICANA,
URUGUAY Y VENEZUELA.

ISBN: 978-99926-57-46-1

Diseño de cubierta: Ivan B. von Ahn

Impreso en: México

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ÍNDICE

UNO1.....	1
DOS.....	27
TRES.....	47
CUATRO	79

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas y por ventura nunca oídas ni vistas vengan a noticias de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto, los deleite.

Lazarillo de Tormes

Pero, al mismo tiempo era, —a pesar de su negrura— blanco de todas las burlas.

Salarrué

Tivo tenía un color tan oscuro de piel que parecía re-tocada con hollín de hornilla o con restos molidos de carbón vegetal. A duras penas pudo asistir a la escuela, ya que la abandonó muy pronto y se dedicó a trabajos en los que sólo la experiencia capacita al que aprende. A los nueve años, su terrible hermano, Juvencio Charanca-co, tres años menor, ya le hacía la vida imposible. Tivo, inclinado por naturaleza a la tranquilidad, no podía ni pudo soportarle nunca el carácter impetuoso, las bromas groseras y sus gritos insolentes.

Se fue del hogar cuando aún era bastante muchacho. Aparte de la madre nadie notó su ausencia porque la casa, vieja y pobre, siempre estaba atestada de gente. Era un gentío que iba desde padres e hijos hasta una complicada red de generaciones, y Tivo sólo era uno de los tantos puntos que se cruzaban entre ellas. Contrario al espíritu del hogar, pendenciero y revoltoso, siempre fue hombre de sentimientos reposados, hablar suave, eterno aspirante a bailador, de una sociabilidad ingenua, juguetona y excesivamente simple.

Su primer trabajo fue como ordeñador de las vacas de don Eudoro Guevara. Este señor le puso el primer par de zapatos y trató de quitarle algunas incorrecciones lingüísticas, por lo menos las que se relacionaban directamente con su trabajo. Para el caso, quería enseñarle a decir "el ordeño" en vez de "el ordeneyo", "yo oía" en vez de "yo oiba", "roto" en vez de "rompido", y muchas más en que la falta de instrucción le hacía incurrir a cada momento.

Aunque deseoso de trabajar, no pudo dejar ciertas costumbres perezosas. Llegaba al ordeño en la madrugada, sin lavarse la cara ni las manos. Otras veces no limpiaba las tetas de la vaca antes de empezar, sino que solamente restregaba la ubre con la cola; y cuando ésta tenía restos de caca, la leche de la cubeta salía contaminada. También se sacaba los mocos mientras ordeñaba y, en ocasiones, se quedaba dormido al pie de la vaca, en cuillillas; como aquella vez en que sólo se despertó cuando ya el sol había salido y el ternero le estaba comiendo el pantalón.

Muchas cosas le habían contado a don Eudoro sobre Tivo y el viejo estaba bastante molesto, con ganas de agarrarlo haciendo una y darle su merecido. Fue así como un día se dejó ir muy de madrugada a ver a los muchachos que estaban ordeñando. Nadie se había dado cuenta de que a Tivo le gustaba la leche cruda, recién sacada de la vaca, porque —según él— le daba más fuerza y le ayudaba a vencer las enfermedades. Estaba muy oscuro todavía y don Eudoro cargaba una linterna de pilas en la mano. La llevaba apagada y se metió al corral, caminando en la oscuridad, yéndose a encenderla exactamente del otro lado de la vaca que Tivo estaba ordeñando. Igual que si

fuerá para una pose fotográfica con flash, apareció con los ojos vueltos hacia arriba, cegados por la luz de la interna, con la nariz arrugada y los labios firmemente prendidos a una de las tetas del animal. Las manos trabajaban mucho. Con una presionaba la ubre para que bajara más leche, y con la otra batía un palo, alejando al ternero que quería entrar en competencia. Una patada lo derribó por tierra, cayendo, para colmo de males, sobre una gran torta fresca de caca de vaca. Don Eudoro, inmisericorde, se puso a pegarle con el mismo palo hasta que le dejó el cuerpo molido. Mientras le pegaba decía que ese sinvergüenza era el que le había arruinado la única vaca lechera de raza que había en el pueblo, todo porque se le pegaba a mamar de las tetas y el desgraciado tenía la boca más grande y dura que la del ternero.

Sin trabajo, volvió donde sus padres, y otra vez tuvo que vivir bajo el tormento de las bromas pesadas de Juvencio Charancaco.

Empezó haciéndole la vida imposible. Un día Tivo se había quedado dormido y, como dormía con la boca abierta, su hermano llegó a llenársela con cáscaras de naranja. Días después lo dejó amarrado de pies y manos. Al despertarse, no había nadie en la casa y tuvo que pasar amarrado una tarde entera, hasta que llegaron a soltarlo. Otra vez le embarró la cara con betún de zapatos, dibujándole círculos blancos alrededor de los ojos y poniendo betún negro en el resto de la cara. Tivo no se dio cuenta de que estaba embetunado; después de la siesta se fue a caminar por la calle, y no sabía por qué la gente lo señalaba riéndose.

Como no tenían nada qué hacer, Juvencio Charancaco le dijo que le iba a enseñar a pescar, pues tenía fama

de gran pescador. Se fueron juntos a un río pequeño. A Tivo no le gustaba mojarse y se quedó en la orilla. Hacía ya un buen rato que Juvencio Charancaco estaba metido en el agua, que le daba hasta la rodilla. Organizaba una seca, procedimiento primitivo de pesca que consiste en aislar con piedras una poza pequeña y después sacar el agua con un tarro, hasta que los pescados quedan en la arena. Estaba molesto porque no le veía ningún interés por la pesca.

—Para comer pescado hay que mojarse el culo, hermano.

Tivo no hizo caso y siguió en la orilla, sin meterse al agua, porque pensaba que si se metía le podía dar catarro. Así pasaron un buen rato; Juvencio Charancaco terminó con la seca, agarró algunos pescados y comenzó otra. En eso, Tivo descubrió un gran cangrejo y consiguió cogerlo de modo que las tenazas quedaran inmovilizadas por la presión de los dedos.

Pero como el animal luchara por soltarse, se dio cuenta de que lo iba a lograr y, asustado por las tenazas, gritó a su hermano preguntándole qué podía hacer. Juvencio Charancaco estaba demasiado atareado y pensó que Tivo sólo quería molestar.

—¡Pues córtale las tenazas, hombre!

—¿Y con qué? —preguntó Tivo, angustiado.

Por distraerse atendiendo preguntas, a Juvencio Charancaco se le fueron los peces que estaba a punto de agarrar. Se enojó tanto que contestó:

—¡Pues con la jeta, pendejo!

Tivo creyó que su hermano le estaba hablando en serio y que el método utilizado en todas partes del mundo

para dominar a los cangrejos consistía en romperle las tenazas con los dientes. Se decidió a cumplir la tarea y, al acercarse el cangrejo a la boca, una de las tenazas le agarró el labio inferior, partiéndoselo en dos.

Hasta allí llegaron sus intentos como pescador, que suficiente desgracia le habían dejado. Además de tener la boca demasiado grande, tuvo que andar con el labio inferior partido en dos mitades que se le caían hacia los lados.

Como no había dinero ni qué comer ni de qué vivir, y los de la casa lo pasaban echando todos los días, acusándolo de haber perdido el trabajo y de no servir ni para pescar; Tivo se asoció con sus hermanos para ganarse la vida. Pusieron un cántaro de chicha.

Era poco el costo de producción. Sólo requería maíz bien fermentado, dulce de panela y cabos de puro. Sacaron el primer cántaro y los clientes más entusiastas fueron los estudiantes del colegio que, por cinco centavos el vaso, probaron sus primeros alcoholes.

A los tres meses de estar sacando chicha, los cuatro hermanos metidos en el negocio pudieron comprarse muda nueva. Les iba bien, ya no era sólo un cántaro lo que tenían, sino tres. Y todos los domingos, al avanzar el día, la gente que bajaba de aldeas y caseríos a comprar y a vender, se daba su vuelta por la casa donde estaba la venta de chicha.

Llevaban seis meses en ese plan hasta que un domingo, a la hora en que la casa estaba más llena de clientes, apareció la Policía de Hacienda.

Entraron los soldados como endemoniados, al mando de un inspector que tenía fama de ser un perro con

los que agarraba. En cuanto aparecieron, la gente que estaba dentro salió en desbandada. Unos se tiraron por las ventanas, otros agarraron hacia el solar, y los que no pudieron salir buscaban desesperadamente esconderse debajo de alguna cama o en cualquier rincón. Pero eran tantos que se terminó armando un tumulto en el que nadie distinguía nada, ni siquiera los propios policías de hacienda. Con tanta gente encerrada, no podían hallar a los que andaban buscando.

A la primera que distinguieron fue a la madre. No les fue difícil capturarla porque se había tomado ocho vasos grandes y estaba tan borracha que no podía caminar. Al hermano pequeño, también metido en el negocio, lo tiraron al suelo, y uno de los soldados lo había inmovilizado poniéndole la bota encima del pecho y amenazándole la cara con la culata del fusil. A Juvencio Charancaco lo dejaron quieto de un culatazo en el hombro, que lo tiró contra una pared. Quedó un buen rato recostado a ella, con la boca abierta, quejándose del dolor. El mayor de los hermanos se había escapado y nadie, pero absolutamente nadie, había visto a Tivo.

No podían sacar al gentío. El interior de la casa se había convertido en un torbellino caótico donde además de la gente se revolvían cerdos, gallinas y perros, que participaban activamente de aquel alboroto. La casa era oscura y estaba llena del humo que tiraba el fogón de la cocina. Por eso Tivo pudo salir, sin ser visto, de la parte trasera de una mamápa de cartones. Pasó entre los soldados misteriosamente, sin que lo vieran, y se fue directo a la esquina donde reposaba el único cántaro de chicha que no se habían bebido. Llevaba una tranca en la mano y de un golpe lo quebró.

Nadie se dio cuenta del olor penetrante de la chicha derramada, ni de los restos de maíz y cabos de puro que se esparricieron por el piso de tierra. Inmediatamente salieron las hermanas, una rueda de muchachas que parecía que iban a quedarse siempre niñas, de pequeñitas que eran. Pasaron riéndose entre los soldados, diciéndoles que un bolo se había vomitado y que iban a barrer. Consiguieron abrirse paso y, discretamente, se llevaron los pedazos del cántaro de barro, los granos de maíz y los cabos de puro, en las vueltas de sus escobas. Y los soldados ni cuenta se dieron de lo que sucedía porque estaban amarrando a los que habían agarrado.

Como no había cántaro para ser presentado, no hubo pruebas, y como no hubo pruebas, no hubo cárcel ni multas. Los soldados no hallaban qué hacer con la madre porque, una vez que le fue pasando la borrachera, los iba reconociendo, uno por uno, y les sacaba los trapos sucios que les conocía, tanto de ellos como de las generaciones que los habían precedido.

Cuando ya no la aguantaron más, la soltaron y le rogaban, encarecidamente, que por favor no hiciera más escándalo y se fuera para su casa.

Después que pasó todo, nunca sintió Tivo que la familia lo quisiera tanto. Su madre le regaló un botecito de agua florida para que se perfumara los domingos, y todos lo abrazaban diciéndole que nada hubieran podido hacer sin él, que los había salvado de una buena carceleada; que si no hubiera sido así, habrían tenido que vender hasta la última gallina y el último huevito para pagar la multa. Juvencio Charancaco le pidió perdón, delante de todos, por tantas perrerías que le había hecho; y le expli-

caba que eso se debía a que él había salido así, tan tonto que nunca fue capaz de reconocer lo inteligente que era su hermano. Hablaba y hacía la señal de la cruz, diciéndole que nunca, que jamás, le gastaría una broma en el futuro. Entre todos le regalaron una camisa nueva, y la madre le compró también una cadenita que llevaba una medalla con la imagen de la Virgen de los Remedios.

Pero a pesar de que tenía dos camisas nuevas, de las felicitaciones y los abrazos, Tivo estaba de nuevo sin trabajo. La familia podrá ser muy efusiva, pero cuando tiene que soportar una carga pesada tratará de quitársela a como dé lugar.

Eso es muy cierto para las familias ricas y pobres, así como para las que no son una cosa ni otra. Era el primero en conocer esta gran verdad. Por eso no se extrañó de que al poco tiempo le empezaran a decir otra vez que era un holgazán, que no servía para nada, que comer y dormir era lo único que hacía, que se comía la comida de los cipotes.

Como no conseguía trabajo por ninguna parte, a pesar de que lo intentaba, agarró de nuevo el hábito de dormirse a cualquier hora. Generalmente se tiraba en la hamaca del corredor.

Dulces habrían sido sus sueños si no hubiera existido Juvencio Charancaco. Una vez, éste dejó en la hamaca dos sapos vivos y un garrobo muerto, partido por la mitad. Como Tivo acostumbraba dejarse caer de golpe sobre la hamaca, sin revisarla, destripó uno de los sapos, hinchó al otro hasta parecer que se iba a reventar, y aplastó al garrobo muerto. Empezó a dar grandes gritos en cuanto vio lo que había hecho, sobre todo porque en ese instante recor-

dó las advertencias de su madre. Toda la vida le había hablado del peligro de la leche que los sapos arrojan al hincharse, gran veneno capaz de matar a cualquier cristiano.

Al día siguiente le vinieron ganas de acostarse, pero antes revisó la hamaca con cuidado, mirando que no hubiera sapos o garrobos dentro. No encontró nada y se tiró de golpe, como acostumbraba. Se fue a tierra toda su corporalidad y tuvo que pasar dos semanas acostado, entre sospechas de que iba a quedar paralítico. Juvencio Charancaco había dejado falsas las amarras, aunque, según dijo después, su intención era asustar a Tivo y no dejarlo paralítico por el resto de sus días.

En ese tiempo vivía en el pueblo un señor con grandes visiones de empresario. Llevó ideas de progreso a esos lugares, puso la primera panadería que fabricó pan francés, la primera crianza moderna de gallinas, fue conociendo el éxito en sus negocios y hasta discutió de ideas avanzadas. Empezaba con sus visiones y había visto en la Capital a los lustrabotas llevando cajitas de madera donde guardaban sus betunes, cepillos y todo lo que necesitaban para su trabajo. Pensó que aquel descubrimiento podría ser una gran innovación en el pueblo, que sería una manera de ir introduciendo elementos de la vida moderna para interesar a los ganaderos, comerciantes, los pocos profesores, los veintiocho estudiantes varones del colegio de segunda enseñanza, y, sin duda, algún visitante. Buscó un carpintero, le explicó como quería la cajita, y pensó en Tivo como el mejor candidato para promover aquella novedad.

Le costó mucho convencerlo y llegó el día en que debería vestirse de lustrabotas.

Empezó con mala suerte. Era tan cabezón que en ninguna de las tiendas del pueblo pudieron encontrarle una gorra a su medida. Hubo que encargarla, y con ella puesta salió por primera y última vez a su trabajo. Era domingo, cuando mucha gente bajaba al pueblo. Se fue muy de mañana moviendo en la mano, con cierta soltura, la cajita. Soportó las burlas de Antonio, el vendedor de popsicles, que ya se había hecho sus buenos reales y él todavía no miraba un cinco.

Se iba la mañana, ya eran las once, y había salido desde las siete. No había podido conseguir un solo cliente y ya todo el mundo se burlaba de él. Se puso triste por las bromas que le hacían y se sentó a meditar en una acera. Tenía ganas de ir a buscar al dueño, tirarle la caja y librarse de él.

Ya no aguantaba las burlas y estaba fastidiado. A la gente le daba risa verlo cargar aquella cajita de madera y llevar sobre la cabeza la gorra de tela, semejante a la de un niño tierno. Se la quitaba y se limpiaba con ella el sudor de la cara. No mostraba ya ningún entusiasmo por continuar en la tarea.

Un grupo de muchachos llegó a molestarlo. Se había desanimado tanto que ni los volvía a ver. Permanecía agachado, aguantando las burlas y tragándose su cólera. Así estaba cuando apareció Juvencio Charancaco y lo primero que hizo fue callar y poner en orden a los que molestaban a su hermano. Se quedó quieto un momento, volvió a callar a los muchachos, y dijo a Tivo que no se preocupara, que él le iba a conseguir aunque fuera un cliente.

Aquel domingo estaba abierto el Cabildo Municipal. Habían llegado unos funcionarios del Ministerio de Gobernación y las autoridades locales trabajaban a jornada

extraordinaria. Juvencio Charancaco se pasaba la mano una y otra vez por la cara, esperando que se le ocurriera alguna idea. Volvía a ver hacia todos lados y, en eso, se quedó mirando fijamente hacia el Cabildo. Al ver las puertas abiertas, con gente que entraba y salía, dijo:

—Ya sé! Vas a ir al Cabildo Municipal y le preguntás al Señor Secretario Municipal que si quiere lustre.

El salón principal del Cabildo estaba lleno. Había miembros de la Corporación Municipal, funcionarios del Ministerio y vecinos del pueblo. Cuando Tivo entró estaban en un receso y, al ver gente en desorden, caminando y platicando por todos lados, fue perdiendo el miedo que siempre le entraba al hablar ante un grupo grande. Avanzó dentro del salón, sin que nadie se fijara en él. Perdía el miedo y seguía avanzando, hasta que estuvo a pocos pasos de la mesa principal.

—Me podrán decir dónde está el Señor Secretario Municipal?

Uno de los que lo escuchó, lanzando la cara hacia delante y estirando varios músculos de ella, de manera que los labios se movieron indicando dirección, señaló a un señor de unos cincuenta años, de carácter jovial, vestido con una camisa de gabardina azul.

—El es.

Tivo se adelantó hasta que el Señor Secretario Municipal lo volvió a ver y le preguntó qué deseaba.

—Señor Secretario, ¿quiere lustre?

Y al pronunciar esta expresión movió la cajita describiendo pequeños círculos, haciendo sonar cepillos y latas de betún, al tiempo que lanzaba con su rostro de adulto sonrisitas de niño travieso.

Una ola de turbación se abalanzó, quien sabe desde dónde, sobre el Señor Secretario Municipal, los funcionarios del Ministerio que no entendían nada, y todos los que se encontraban en el salón. Sólo fue rota por los del pueblo, que rápidamente se fueron saliendo en pequeños grupos. Cuchicheaban y soltaban risitas que se volvían explosiones al llegar al corredor.

Y era que la broma de Juvencio Charancaco había sido perfecta porque aquel pueblo tenía el privilegio, único en su género, de contar con un secretario municipal muy curioso. Dueño de una prodigiosa caligrafía y una impresionante gama de conocimientos jurídicos, era consulta obligada para muchas cosas; pero nunca llevaba zapatos y andaba con los pies desnudos, al aire libre. Decían las malas lenguas que era porque tenía unos pies tan, pero tan grandes, que nunca había podido encontrar zapatero ni zapatería que tuvieran hormas de ese tamaño.

Tivo se quedó sin entender nada, con los ojos bien abiertos, firme y tieso, sin mover más la cajita de madera. El Señor Secretario Municipal se puso de pie, con cierta solemnidad, como para romper el hielo, y no estaba tan turbado. Puso un aire bondadoso y parecía dispuesto a pedir que siguieran trabajando. Pero ya Tivo había entendido la gran metida de pata. Se confundió tanto que, aunque el secretario no había dicho ni una sola palabra, oyó gritar lo único que hubiera sido capaz de entender en una situación así.

—¡Agáaarenme a este hijuepuu!

Dio un salto terrible que resonó en todo el Cabildo y removió hasta la última tabla del segundo piso. Pareció que el maderamen del edificio se venía abajo. Tiró la cajita,

y los cepillos con las latas de betún salieron disparados en todas direcciones. En loca carrera se dejó ir hacia el corredor. Se llevó cuatro señores al suelo, de los que ya estaban comentando lo del lustre al secretario. Bajó en dos zancadas las escaleras de caracol, con los ojos bien abiertos y la boca llena de los últimos alientos de la vida.

Unos viejitos, que siempre se mantenían en la planta baja, se revolvieron al verlo pasar. Allí estaba el presidio y creyeron que un reo se fugaba. Salieron tras él, gritando al pueblo que lo atajaran. Tivo tomó la calle que por detrás del Cabildo daba al río. En esa parte no había puente y, al llegar, se tiró al agua. El río estaba bastante crecido, por lo que se golpeó todas las coyunturas y cosechó muchos golpes, pero logró cruzar. No así los viejitos, con quienes la creciente hizo una sola bola blanca que tiró veinte metros más abajo.

Por esos días terminaron la carretera que conectaba la región con poblaciones más importantes. El primer vehículo en pasar fue una volqueta "Fargo" de color amarillo. Recorrió las calles del pueblo con una gran piña de trabajadores carreteros y gentes del lugar que agitaban jubilosos manos y sombreros, saludando a la población.

A los pocos días la gente joven encontró facilidades para marcharse. Los choferes de camiones y sus ayudantes se levantaban muchachas bonitas cansadas de vivir en sus encierros. Estaba ocurriendo, según don Beto, el sastre, lo mismo que en Santa Rosa. Decía que cuando allá habían llegado los carros, el olor de la gasolina había trastornado a las muchachas, hasta a las de buena familia.

Tivo se fue en uno de los tantos carros que empezaron a jalar gente. Era un camión de carga coronado por

la piña que formaba un montón de muchachos. Acababa de pasar el golpe de estado del Coronel López Arellano y querían irse del lugar porque todo estaba militarizado. Querían llegar a la costa, donde había trabajo y buena paga. Pero iban con tan mala suerte que, al sólo llegar a Santa Rosa, cayeron en una de esas emboscadas que prepara el Ejército Nacional con fines de reclutamiento.

El camión venía avanzando perezosamente por una de las calles céntricas de Santa Rosa. Los muchachos, en la juerga que se traían, embromando a Tivo y llamándolo "el gringo" porque el polvo del camino se le había pegado en la piel y lo había dejado totalmente blanco, no oyeron los gritos de alerta que les lanzaron para prevenirlos de que estaban reclutando. Riéndose venían cuando, al llegar a una bocacalle, vieron un soldado del Ejército con todo el equipo de combate puesto, haciendo señas al chofer para que detuviera el camión. No había terminado de pararse y ya de todas las esquinas y rincones estaba sañiendo un diablerío de la misma especie.

Tivo hizo saltar los ojos con más violencia que otras veces. Y la boca, abierta con naturalidad hasta los límites incommensurables de toda su altura y anchura, soltó un efluvio de ansiedad que desprendió escandalosamente las capas de polvo alojadas en los labios y la cara.

Como ya se había dado cuenta de lo que estaba pasando porque lo había visto varias veces, pensó, manteniendo siempre bien abiertos los grandes ojos y moviendo hacia todos lados las dos mitades del labio inferior, en una de las cosas más sabias que se le ocurrieron a lo largo de su vida: que, a pesar de que entre sus coterráneos era tan frecuente irse a la milicia para sobrevivir en este valle de lá-

grimas, él no estaba dispuesto a dejarse macanear gratis todos los días y, sobre todo, a servir de gratis para que se macaneara a otra pobre gente. Pero no tuvo más tiempo para meditaciones tan profundas. La piña de muchachos, empujada por los soldados, se movió como un solo cuerpo hacia fuera del camión, hasta caer al suelo, donde ya estaban culeteando y amarrando a los que buscaban resistirse o escaparse.

Sólo se salvó Sebastián, más conocido como Sebastián Plata Vieja porque se dedicaba a comerciar con monedas viejas. Igual que Tivo era muy temeroso de las enfermedades y siempre andaba llevando bastantes medicinas en sus bolsillos. En cuanto vio que los soldados se venían encima del camión, sacó el frasco de una pomada verde que usaba para curarse las mazamorras y, metiéndose la mano en el calzoncillo, se frotó el sexo con ella. Pomada "Ongus" se llamaba la medicina.

Esa misma noche, mientras los inspeccionaba el médico del cuartel, se veía cierta malicia en su cara. Cuando llegó el turno de su examen y le mandaron desvestirse, el médico retrocedió horrorizado.

—Manden al Oficial de Guardia para qué saquen inmediatamente de aquí a este muchacho. Este hombre se está pudriendo y puede enfermar a los demás.

Lo sacaron allí mismo del cuartel y le dijeron que se fuera. Sebastián Plata Vieja se perdió en la noche de Santa Rosa, riéndose de los chafarotes.

DOS

Nadie podrá contar nunca todos los sufrimientos que pasó el pobre Tivo en el cuartel de Santa Rosa. Fue el primero, entre todo el grupo de reclutas, en experimentar el sabor de la desgracia, que se le presentó desde el momento mismo en que decidieron raparlo. Lo estaban haciendo con una máquina eléctrica, pero Tivo tenía el pelo tan duro y largo que la máquina se arruinó. El que la manejaba se puso furioso y, entre grandes chillidos, llamó a otros militares para que castigaran a ese indio pendejo que había arruinado la máquina. Allí mismo lo sacaron a un patio y le empezaron a rapar la cabeza con una tijera mellada que, además del pelo, le arrancaba pedazos de pellejo. Como si fuera una gracia, todos los que estaban presentes se reían de los alaridos que lanzaba Tivo mientras lo estaban pelando. Al no aguantar el dolor, lanzó una manotada al que lo estaba trasquilando y se lo quiso quitar de encima. De inmediato lo vinieron a sujetar; y así lo mantuvieron hasta que le quitaron todo el pelo. Después lo pasaron a castigo, dejándolo dos días sin comer, a puro sol y sereno. Lo vieron aparecer al cabo

de ese tiempo, con la nariz y la frente peladas, pero todavía con cara de que no iba a doblegarse.

Esa resistencia que quiso demostrar al principio habría de desmoronarse, hasta quedar convertido en un completo inútil. Llegaría un momento en el que nadie hubiera podido reconocerlo, a pesar de las particularidades tan especiales que ostentaba.

Una de las primeras noches en el cuartel estaba durmiendo con los demás reclutas en su cuadra. Se suponía que todos deberían estar dormidos, pero él estaba pensando en su desgracia. En eso entró el sargento responsable de esa cuadra. Caminó entre los catres y fue a detenerse exactamente frente a Tivo, que permanecía inmóvil en la oscuridad, con los ojos abiertos, sintiendo que el sargento lo miraba.

—Recluta, bestia ¿está usted dormido?

—No, mi Sargento.

—¿Y no sabe bestia desobediente, que aquí se viene a dormir?

No alcanzó a oír el final. Un golpe seco en la mandíbula lo atontó por completo, hasta que sólo siguió percibiendo durante un rato el mismo golpe seco que le llegaba al fondo de la cabeza, como si le ensartaran infinitas agujas en el cerebro. Lo último que sintió fue que los golpes le hacía pegar la barbilla al pecho. Y era que el sargento se había sacado de la cartuchera uno de los peines de M-1 y, agarrándolo fuerte, descargaba golpes sobre la mandíbula de Tivo; pero de modo que los golpes cayeran por donde sobresalían las puntas agudas de los proyectiles.

Pasó todo el día siguiente con la cabeza ladeada por el dolor, esperando que llegara la hora de dormir. Cuan-

do llegó, aunque sentía que se iba a morir de puro dolor y cansancio, no podía dormirse por más que lo intentaba. En esas estaba y oyó entrar al sargento. Se quedó inmóvil, pero esta vez cerró bien los ojos y empezó a suspirar como si estuviera dormido. El sargento se detuvo otra vez al lado de su catre y se quedó largo rato parado, sin moverse. Después preguntó:

—Bestia, ¿me oye?, ¿está usted dormido?

Tivo estuvo a punto de contestar, por fuerza de la costumbre que le estaban inculcando. Pero pensó que si le contestaba no podría convencer al sargento de que realmente estaba dormido. Se quedó quieto, lanzando uno que otro suspiro de durmiente. El sargento gritó, despertando a todos:

—¿Qué es esto? La bestia no me contesta cuando yo le pregunto. ¡No me contesta a mí, que soy su superior!

Y a continuación le tiró una patada que lo voló fuera del catre. Luego lo obligó a salir de la cuadra y lo dejó en el patio hecho un trípode; o sea, de pie, pero doblado de manera que la frente quedara pegando al pavimento. Amaneció en un solo temblor porque había pasado hecho un trípode toda la fría noche lluviosa de aquel mes de junio.

Era el más castigado de todo el grupo de reclutas. Puede decirse que iba resistiendo la dura vida que le había tocado, pero no parecía que iba a ser por mucho tiempo. Sin embargo, resistió bastante y pasó entrenamientos difíciles.

Una vez los llevaron a entrenarse a un río que corría en el fondo de un cañón. Tres asesores gringos adiestraban a la tropa en actividades de contrainsurgencia. Se

tendió un cable que atravesaba el cañón y cada soldado debía descolgarse por él con todo y equipo. Cuando le tocó su turno, le dio vértigo en la pura mitad de la travesía. De haberse caído, se hubiera matado porque el abismo era demasiado alto, pero se echó saliva en las manos y logró pasar al fin, mirando hacia el cielo para no cumbir al vértigo.

Durante tres meses lo mandaron a servir al cuartel de Gracias, y de allí se llevó el apodo de Mata-alcaldes.

Resulta que una noche había tenido que montar guardia. El día siguiente, domingo, era día de la madre. En esos lugares acostumbran hacer alboradas para esa fecha, o sea, despertar a la población con música y cohetes. El alcalde se había emborrachado en la noche y decidió, ya en la madrugada, organizar con sus amigos de parranda una alborada en el parque, que estaba frente al cuartel.

A través de su claraboya, Tivo miró venir al grupo de gente. Se acordó de inmediato qué fecha era y hasta pensó si al Capitán no le molestarían esos ruidos tan de madrugada. Comenzó la música, lanzaron los primeros cohetes, y el alcalde, al frente del grupo, soltaba gritos de alegría. Uno de los cohetes torció su dirección y fue a estrellarse en la muralla del cuartel.

El otro centinela se había dormido y, al estallar el cohete, se despertó sobresaltado. Oyó más detonaciones y vio gente que se movía gritando en el parque. Pensó que atacaban el cuartel. Colocó la boca de su M-1 en la claraboya y empezó a disparar. Tres impactos dieron muerte al alcalde.

Hubo intrigantes que llegaron a decir que fue Tivo quien disparó y por poco lo llevan a una corte militar.

Ya estaba muy triste en ese tiempo y a las semanas lo regresaron a Santa Rosa. Allá continuó su cadena de desgracias.

En sus escasos ratos libres se volvía silencioso y se dedicaba a vagabundear solo, sin hablar con nadie ni buscar compañía. Caminaba por todo el cuartel o, en las pocas veces que le daban salida, se perdía triste por las calles de Santa Rosa.

Un día estaba caminando por la parte del cuartel donde se tiraban los desperdicios y descubrió entre ellos una corneta oxidada y retorcida. Nadie se había dado cuenta, ni siquiera Juvencio Charancaco, que Tivo tenía gran disposición para la música. Cupo al Sargento Narciso Chirinos, llamado Sargento Chicho por sus amigos cercanos, la honra de hacer el descubrimiento. Ese día estaba encargado de supervisar la guardia. En esas andaba cuando vio a Tivo caminando muy triste, como queriendo morirse. Le llamó la atención y decidió espiarlo. Era hábil el Sargento Chicho, tenía fama de desplazarse como pura culebra por los corredores del cuartel para sorprender a sus subordinados en cualquier cosa que estuvieran haciendo. Ya había espiado a Tivo algunas veces y muchas cosas de él siempre le producían curiosidad. Había tenido éxito en sus indagaciones.

Descubrió cosas que nadie sabía, como que era padre de dos hijos; con lo que se derrumbaba su teoría, según la cual el estado de profunda tristeza de su subordinado se debía a que nunca había probado mujer.

Para espiar bien se colocó en una posición desde la que podía moverse sin ser visto. Lo veía escarbando entre los desperdicios y luego lo perdió de vista por un

buen rato. Pero en un instante que sus orejas nunca pudieron explicarse, lo oyó sacando verdaderas notas de una corneta vieja y retorcida, con aspecto de lata inservible. Le parecía mentira lo que oía porque Tivo estaba sacándole un corrido que al sargento gustaba mucho: el corrido de "el pescado nadador".

Se puso loco de la emoción. Salió disparado, rompiendo la conducta que un militar debía observar en sus circunstancias, aunque tal vez endemoniado por las musas silvestres que brotaban de la corneta de Tivo. Siguió saltando rangos y formalidades, hasta ir a pararse delante del Capitán Portillo. Con voz entrecortada y nerviosa, muy excitado, le dijo:

—¡Ya tenemos corneta, mi Capitán!, ¡ya tenemos corneta! Allá por la bodega está uno que es gallo para la música. Venga usted para que se convenza.

El capitán fue y se convenció de que Tivo podría llegar a ser buen corneta. Lo mandó a llamar y se encargó de que le dieran una corneta nueva para empezar cuanto antes el aprendizaje de todos los toques que la tropa requiere.

Le tocó aprender solo, ayudado únicamente por el Sargento Chicho, que tarareaba los toques mientras él lo seguía con la corneta.

Por supuesto que llegaría a aprender todos los toques: los de diana, los de avanzar, de retirada, de izar la bandera, y todos los que pide la vida militar. Pero antes de conseguir el éxito tuvo que vencer dificultades muy grandes que nadie hubiera imaginado.

La principal de todas estaba en la boca y en lo grande que la tenía. Sólo en el primer día de aprendizaje rom-

pió cuatro cornetas. Y siguió rompiendo más, porque los toques militares exigían poner mucha presión en los labios, tan complicados en él. No podía acoplarlos bien a la boquilla del instrumento y empezaba a sudar chorros de pura desesperación. Un nerviosismo de manos se poseía entonces de él, de modo que destrozaba todo lo que tenía entre ellas.

En los días que siguieron rompió más cornetas, por lo que el encargado de suministros se puso furioso ante la cantidad de cornetas que se estaban tirando a la basura. Llegó entonces el Sargento Chicho con una orden superior del Coronel: que ya que se habían despilfarrado tantas cornetas, debía conservarse intacta la última, pasara lo que pasara. La orden recordaba al recluta su obligación de aprender pronto y el Sargento Chicho cuidaba de lo que le habían encomendado gritando a cada rato, mientras tarareaba, Orden Superior, Orden Superior.

Tivo nunca se había puesto a pensar sobre lo que realmente era una orden superior. Recibida la última corneta, prosiguió el aprendizaje abriendo desmesuradamente los ojos, como si atendiera un asunto de vida o muerte. Pensaba que por nada del mundo, como decía la orden superior, debía romperse la corneta, y los labios se le movían violentamente entre un torbellino confuso de tensiones nerviosas y chorros de sudor. La confusión era tal que ya no oía ni los tarareos del Sargento Chicho. Las manos le temblaban con violencia, como si partiera piedras con ellas.

Después de dos horas así, vivía el tormento de gesticular como un loco y no aprender nada. Por lo menos había

conseguido no romper la corneta. Pero como el cangrejo le dejó el labio inferior partido en dos mitades, debe haber realizado, entre tantos nerviosismos y tensiones, algún movimiento que no estaba contemplado en ninguno de los manuales que en el mundo se han escrito para enseñar a un recluta a tocar la corneta. El resultado fue tan insólito que uno de los dos gajos del labio se metió dentro de la boquilla. Fue como cuando un tubo, una vez que se le ha hecho el vacío, se pone junto a la piel; ésta es "tragada" hacia dentro del tubo. Algo así hizo la boquilla con una de las mitades del labio de Tivo, sólo que la succión se dio con una fuerza tan impresionante que todavía no ha sido bien investigada por los entendidos.

Cuando vio lo que ocurría, el Sargento Chicho se quedó pálido del susto. Ante sus ojos aparecía Tivo con la corneta trabada en el labio, agitando las manos con desesperación. Nunca en su larga vida de entrenador de reclutas, en la que no pasó ni de sargento ni del segundo grado de la escuela primaria, había visto ni vería cosa semejante. Le dijo que se aguantara, que no se moviera ni fuera a destrozar la corneta porque los iban a castigar a los dos, y salió disparado hacia la enfermería.

Ese día estaba cerrada la enfermería y no había nadie en el cuartel que pudiera atender el caso, por lo que, urgentemente, se pidió ayuda al Hospital de Occidente. Trajeron un médico que tenía fama de buen cirujano. Apenas empezó a examinarlo y ya le habían transmitido de que debía salvar la corneta, fuera como fuera, porque era una orden superior. No tuvo, entonces, el eminente galeno más que recurrir a una práctica altamente estimada en su profesión: destazar.

A sólo cinco pulgadas, que en labios de Tivo eran poca distancia, de la cicatriz dejada por el cangrejo, el doctor Bueso fue hundiendo el bisturí hasta que la corneta cayó intacta en las manos del Sargento Chicho. Total, que la corneta se había salvado y la nueva herida era más profunda que la del cangrejo. Y, para colmo de males, le dijo que hasta despuecito lo iba a costurar, que ahora lo importante era que no se le infectara, que también le costuraría la del cangrejo. Y así se fue quedando.

Llegó a ser buen corneta, pero tuvo que aguantar muchas bromas pesadas y no pocos apodos que le pusieron. "Canecho" le decían algunos para recordarle el origen de su desgracia. Otros le decían "Tajadas", "Gajos Grandes", "Cuatro Labios", "Piñuelas".

Estaba por cumplir los tres años y medio, contados a partir del día en que lo reclutaron, y se sentía muy mal con la vida del cuartel. Muchas veces quiso platicar con alguien sobre su descontento, pero no se atrevió por temor.

Como su malestar crecía y no sabía qué hacer, volvió a manifestar su inconformidad quedándose dormido a todas horas y en todas partes. Pero la misma enfermedad del sueño, que en otro tiempo lo salvó algunas veces del terrible Juvencio Charancaco, iba a ser la que le traería las peores desgracias de su vida.

Los castigos que le cayeron por quedarse dormido fueron peores de lo que pueda imaginarse. Desde un principio eran terribles, pero se fueron agravando a medida que se dormía cuando tenía que estar en posición de firme, cuando había que escuchar las ordenanzas, cuando los llevaban a misa o les decían que rompiéran filas.

Una vez había un acto importante en el cuartel, y Tivo, como corneta, debía estar atento para dar los toques de arriar la bandera. Se quedó dormido, de pie, con la corneta en la mano. Los oficiales tronaban furiosos, jurando que ese animal no saldría vivo de allí.

No habrá mente humana capaz de imaginar los castigos que después le cayeron. Ninguno de los que se ocuparon de investigar esta historia entiende todavía cómo fue que Tivo pudo aguantar y salir con vida.

—Si la cosa de la milicia no es para cualquiera diría muchos años después.— Si en la Chire el que no tiene buenos músculos y buenos huesos para aguantar, se muere. Le pasa lo que a Pedrito, que no era muy fuerte y como no lo quisieron sacar a tiempo se murió.

Ya iba por la misma senda que transitó Pedrito: camino a la sepultura. Cada vez le devolvían las horas de sueño que su pereza natural tomaba prestadas con horas redobladas en carreras de resistencia, limpieza de letrinas, patadas, culcas, trípodes y calabozos infernales, de donde lo sacaban blanquecino, mortuorio y oxidado. De nada servían los rasgos fuertes de indio puro que parecía tener. Desaparecieron desde que le cayó el primer calabozo. Los calabozos pueden mandar al otro mundo hasta el hombre más resistente.

Tenía los ojos como si al solo abrirllos se le fueran a caer. De la boca le salía una sustancia verde y viscosa que se le regaba por la comisura de los labios. Alrededor de los ojos se le formaron círculos blanquecinos con ribetes amarillentos que se extendieron a toda la cara y terminaron ocultando su piel oscura de carbón vegetal. Como si fuera poco, se le cayeron los dientes y la piel se le llenó de granos sanguinolentos.

Ya ni en la enfermería lo querían. Le advertían que mientras siguiera durmiéndose de nada servirían las medicinas, que así como iba siempre le pondrían nuevos castigos. Que era gastar inútilmente en medicinas, le decían.

Triste como los más tristes de la Tierra, Tivo estaba ya vencido y resignado a morirse. Una noche no pudo más y cayó en una de las más terribles fiebres. Se fue agravando rápidamente y, dos días después, estaba debatiéndose entre delirios espantosos que hacían presagiar la agonía y la muerte. En medio del delirio vio la figura amenazadora del Padre Manuel, párroco de su pueblo. Lo vio hecho un rayo de furia, con el rostro sudoroso, la estola cayéndole por los hombros, el puño golpeando el borde del púlpito. Estaba ofreciendo las llamas del Infierno a todos aquellos que gustaban de emborracharse y de fornicar; placeres estos que a Tivo gustaban bastante, pero que casi no había podido practicar. El primero porque para emborracharse como Dios manda hace falta dinero y él nunca lo tuvo. Sólo se emborrachó algunas veces, cuando tenía con sus hermanos el negocio del cántaro de chicha. Pero lo que le robaba al negocio era a riesgo de ser descubierto por Juvencio Charancaco, quien le hubiera hecho pagar muy caro ese desfalco a la empresa familiar. Y en cuanto a fornicar, aunque lo había hecho algunas veces, es bien sabido que para encantar a las mujeres de todos los tiempos y de todas las condiciones hay que contar con cierta galantería, insuflar aires de seducción y audacia, además de ciertas condiciones materiales —los amores de Abelardo y Eloísa no pudieron haber crecido entre la miseria extrema.— Tivo carecía de estas dotes y las pocas oportunidades en que pudo fornicar fueron obra del más azaroso azar.

Y a pesar de que ni las huacaladas de chicha ni las pocas fornicadas le dejaron sentimientos de culpa, el trance del delirio y la proximidad de la muerte le metieron dudas acerca de todo, frontera cercana a la desesperación en que entra todo moribundo. Por eso, después de agitarse y revolverse en el camastro de la enfermería, volvía a ver aparecer la imagen del Padre Manuel despejándole todas las dudas, dándole todos los consuelos, prometiéndole las últimas cosas de las que hubiera deseado agarrarse para no morir del todo y salvar aunque fuera algo. Le hablaba el Padre en el tono que tantas veces le oyera, diciéndole que tenía que arrepentirse de sus pecados, si no se quería sancionar para siempre en el Infierno, donde un montón de diablos cachudos y peludos le estaría tirando brasas sobre las llagas de su cuerpo por toda una eternidad.

Sintió hervir en un instante todas las llagas en que estaban convertidos sus granos. Abrió los brazos, levantados en cruz, como cuando el Jueves Santo había tenido que rezar los treintitrés credos, con el Padre Manuel al frente para que le concediera el perdón. Los brazos se le pusieron rígidos, siempre en forma de cruz, y el tronco dio un salto terrible hacia delante producido por un espasmo infernal. Quedó sentado en la cama, formando con el cuerpo un perfecto ángulo recto. Abrió los ojos más desmesuradamente que todas las veces anteriores juntas y empezó a gritar con desesperación. Era que en su delirio, entre chorros de sudor y saliva, estaba viendo entrar a la muerte por la puerta de la enfermería. Iba o mejor dicho, venía tal como la había visto en las estampitas que el padre Manuel le enseñaba cuando, infructuosamente, quiso prepa-

rarlo para la Primera Comunión: hecha una calavera, envuelta en una gran sábana blanca y cargando una guadaña, con la cual —pensó— le cortaría la cabeza para arrojarla a la calle. Para colmo de males, vio todavía que detrás de la calavera, junto al marco de la puerta, estaba Juvencio Charancaco riéndose de que se lo llevara la muerte pelona.

Un grito de horror, seguido de muchos otros, estuvo a punto de terminar con las cuerdas vocales de Tivo. Empezó a revolverse y agitarse tanto que dos fuertes enfermeros tuvieron que venir a sujetarlo. Lo amarraron con lazos y ni aún así conseguían que se tranquilizara. Se quitó las amarras y los enfermeros llamaron a varios militares para que vinieran a controlarlo. Con una fuerza que sólo puede tener quien está muy cerca de la locura o la muerte tiró por tierra a los enfermeros y a los militares. La cama en que reposaba terminó convertida en un montón de hierros retorcidos.

Hasta el comedor de las oficiales llegaron sus gritos terribles. Causaban una impresión tan profunda en el cuartel que algunos oficiales perdieron el apetito. Y, según lo que contó Salvador del Mundo, que trabajaba en la cocina y era el encargado de servir las mesas a los oficiales, fue la única vez que vio medio conmoverse al Teniente Cálix. Mientras servía el café, oyó que le estaba diciendo al Teniente Andino:

—Pobre pendejo, se lo está llevando putas.

Como pasaron los días sin que enfermeros ni militares pudieran someterlo, tuvieron que evacuar a los otros enfermos de la enfermería, ante el peligro de que les torciera los huesos y reventara los cráneos con la misma fa-

cilidad con que había doblado los hierros de las camas. Fue necesario pedir ayuda otra vez al Hospital de Occidente porque la enfermería no contaba con equipo para practicar el electroshock.

Hubo grandes complicaciones para montar el aparato que se necesitaba. La planta eléctrica de Santa Rosa se había descompuesto y no había corriente. Los doctores, al ver su estado, dijeron que no era cualquier voltaje el que sería capaz de tumbarlo. Hubo, entonces, que reunir las baterías de todos los camiones del Ejército y de algunos particulares para producir el voltaje necesario. Casi toda la tropa vino a sujetarlo. La fuerza que había llegado a desarrollar era descomunal, ya había destrozado la enfermería y amenazaba otras instalaciones. Al sentir que la corriente eléctrica entraba en su cabeza, abrió los ojos hasta que llegaron a ponérsele como dos puras esferas blancas, sin expresión ni vida. Luego cayó en un estado que parecía el de un vegetal o el de un animal tierno sin amamantar.

Y se hubiera muerto ahora, por falta de cuidados, porque el personal de la enfermería había quedado tan exhausto que durmió sin parar durante seis días y noches seguidos. Los demás enfermos, se habían curado como por arte de magia; y era que, con el susto que les había sacado cuando empezó a destrozarlo todo, preferían decir que estaban sanos para que nos los mandaran de regreso a la enfermería.

Nadie lo hubiera atendido en su convalecencia, ni le hubiera dado de comer. Pero se consiguió permiso a Salvador del Mundo, porque era del mismo pueblo, para que le llevara la comida y lo atendiera en lo más necesario.

Otro recluta, llamado Changelito, fue transferido a servir en la cocina y en las mesas de los oficiales.

Fue larga la convalecencia y el propio Salvador del Mundo no se explicaba cómo logró reponerse si lo que le tocaba darle de comer no era más que frijoles y tortillas. A veces había un poquito de arroz y, una vez a la semana, cada domingo, llegaba la comida de lujo, que consistía en una sopa de hojas de repollo con un pedacito de camote y un hueso que a veces llevaba filamentos de carne. Pero esto era sólo los domingos, cuando mataban vaca en Santa Rosa.

Cuando se restableció, no hallaban qué hacer con él. Por múltiples faltas que se agregaron a las conocidas le siguieron lloviendo los castigos. Ya se los conocía todos, les tenía miedo, y ni así se corregía. Pero un día, a pesar de lo débil y castigado que estaba, ocurrió algo muy especial. Según lo que contaría años más tarde Salvador del Mundo a Juvencio Charancaco —y el secreto quedó entre los dos— Tivo salvó la vida a un compañero de armas y a un oficial. Fuera de Salvador del Mundo nadie supo exactamente cómo ocurrió, pero parece ser que demostró un valor muy grande y expuso la propia vida para salvar la de los otros.

Un silencioso reconocimiento de parte de todo el cuartel se sintió venir en seguida. Aunque no dejó de ser visto de menos, se notaba que lo querían tratar con consideración. Algunos reclutas protestaban porque sólo a ellos les ponían castigos y dejaban, en cambio, pasar a Tivo faltas visibles. Esto incomodó a ciertos oficiales y empezaron a buscarle solución al problema. Y como se sabe que Tivo ha sido el único capaz de arrancar a los milita-

res sentimientos de humanidad que han perdido en casi todo el mundo, ocurrió que el propio Coronel, comandante de zona, dijo un día que deseaba ver de cerca de ese corneta que, a pesar de lo bruto que era, había demostrado nobles sentimientos y no ser nada cobarde.

Mandó que lo pasaran a su despacho. El Coronel era un hombre envejecido, con algún rasgo bonachón. Estaba más interesado en sus múltiples negocios y en su hacienda que en la milicia. Vivía hablando maravillas de dos hijos que tenía estudiando en Houston. En realidad había perdido el aire fiero de los militares para ir dejando paso a un viejo tranquilo que quería vivir su vida y no complicarse demasiado las cosas. Sólo se enfurecía cuando sus asistentes le pasaban algún chisme; y allí si, pobre del que tuviera la suerte de ser malinformado.

Cuando Tivo entró, el Coronel lo mantuvo de pie, aunque le daba a entender que no iba a ser severo con él. Le preguntó que de dónde era y Tivo le empezó a contar toda su vida, pero sin mencionar lo del cántaro de chicha ni lo del Señor Secretario Municipal. Le habló de su familia, pobre y numerosa; de los dos hijos que tenía y de que tenía ganas de volver a verlos. El Coronel lo escuchaba sonriente, sobándose la barriga. Encendió un cigarrillo y vio en el reloj que ya se iban a cumplir los diez minutos que tenía para la entrevista. Le dijo en tono paternal.

—Mirá, muchacho, yo estoy bien informado de todo el comportamiento tuyo y te digo que no sólo hay quejas sobre vos, sino que has venido cometiendo una serie de faltas graves que se repiten a cada rato; faltas que son una vergüenza y que deshonran el estilo de vida militar. Co-

mo todas esas veces que te has quedado dormido cuando estábamos en cosas importantes. Sabé que un militar debe dar siempre muestras de disciplina. Aquí te tenemos de corneta y con esos actos nos has ofendido mucho. Ni con todos los castigos que te estamos dando podrás limpiar jamás el sucio que has tirado sobre este cuerpo armado. Sin embargo, me llamó la atención ver que, aunque sos tan descuidado, tenés una cualidad digna de un buen militar. Salvaste la vida de un soldado y de un oficial, demostraste que sos capaz de sacrificarte y que tenés valor. Todo eso es muy bueno. Son grandes cualidades y da lástima que no sepás aprovecharlas. Con ellas podrías llegar muy lejos, muy arriba. Sólo mirame a mí. De todos modos, me ha gustado tanto lo que has hecho que estoy dispuesto a hacer alguna cosa con la que pueda ayudarte. Sólo decime qué puedo hacer por vos, qué favor te gustaría que te hiciera; porque te gusta el Ejército, ¿verdad?

Tivo, que era lento en cuanto al funcionamiento de su cabeza, no lo era cuando se estaban jugando cosas decisivas. Captó cierta malicia en las palabras del Coronel y la contestó:

—Sí, mi Coronel, claro que me gusta. Si todo lo que uno es se lo debe a la Chire, mi Coronel. Lo que pasa es que cuando yo era chiquito mi mamá me pasaba pegan-
do en la cabeza. Yo creo que por eso fue que me quedé así y me ando durmiendo en todas partes. Si desde los siete años que me di una gran enfermedad me duermo a cada rato y me duelen siempre los brazos y la rabadilla. Sí, a mí me gusta, mi Coronel, pero no es por haragane-
ría que las cosas no me salen, sino por enfermedad. Es por enfermedad mi Coronel.

El Coronel pareció convencerse un poco, sobre todo al notar que Tivo se le quedaba viendo de manera fija, con la boca abierta y su expresión famélica. En ese momento, los tenientes Castro y Medina, a quienes tenía citados, pedían permiso para pasar. Saludaron y les mandó descansar y esperar. Para quedar bien seguro dejó ir otra andanada.

—Entonces, ¿estás feliz porque vas a seguir aquí y ya no cometerás tantas faltas graves?

—Sí, mi Coronel. Yo siempre digo que lo poquito que soy se los debo a la Chire. Si desde que estaba en mi pueblo quería meterme. Lo que pasaba era que en mi familia no me dejaban porque decían que quién iba a ayudarles a mantenerse. Yo sí quería. Pero ya ve lo que es el destino de uno. Uno busca y halla.

El Coronel pensó, riéndose mientras se terminaba el cigarrillo, que Tivo era uno de esos seres tan brutos que no tienen aspiraciones en la vida, que nacieron para que otros pongan encima los pies. Sintió, sin dejar de reírse, una compasión falsa por lo tonto que le parecía. Se acordó de su obligación con los tenientes, pero antes quiso echarlo a su triste vida de corneta con una humorada cruel. Indicando con un gesto seco que la entrevista se terminaba, mientras Tivo se ponía teso y firme, habló así:

—Bueno, muchacho, el tiempo se nos termina. Tenés que regresar a tus deberes. Sin embargo, ante estos dos caballeros quiero decirte, con el honor militar en la mano, que te concederé aquello que de manera breve seas capaz de pedirme en este momento. Así te demuestro mi agradecimiento, el de los oficiales, clases y tropa por tu valerosa acción.

El Coronel creía que Tivo era tan tonto que le pediría una corneta nueva, un par de botas de dos hebillas, un día libre, una pelota de fútbol o un viaje a San Pedro. Pero se le quedó viendo fijamente, fue abriendo los ojos hasta llevarlos a un punto en que hubieran podido llamarse "las bolas de la libertad", y de su boca emocionada cayó un chorro de saliva. Respondió sin vacilar:

—La baja, mi Coronel.

El Coronel sintió tragarse todos los gargajos que había producido a lo largo de su carrera militar. Se puso verde de la cólera, volvió a ver hacia los dos tenientes, y no le cabía duda que detrás de su seriedad se estarían riendo de él porque lo habían visto torciéndose su propio brazo. Con gesto agrio, que buscaba disimular la cólera y resignación por su derrota, dijo secamente:

—Concedida, muchacho.

TRES

A la hora de abandonar el cuartel no pudo ni bañarse. Salió tal como estaba al recibir la carta que certificaba su cumplimiento del servicio militar. Cargaba un fardo donde había echado sus pertenencias. Se dejó ir por las calles empedradas de Santa Rosa, saltando como loco. Era una mañana soleada de abril y por todas las calles lanzaba gritos de alegría. Fue a parar al Mercado Municipal. Allí gastó algunos de sus pocos dineros en una sopa con carne y en tamales. No los probaba desde tiempos que creía idos para siempre. Al comer metía las manos en el plato y sacaba huesos que chupaba con avidez. Recordaba aquellos días cuando le daban sopa de pobre que no alimentaba mucho, pero hecha con cariño, como le gustaba decir. Tiró la cuchara a un lado y, con impulsos primarios, vació el plato de sopa de un solo sorbo; y después otro, y otro, hasta que las vendedoras vieron como le iba creciendo la barriga. Cortaba pedacitos de tortilla y, endemoniadamente, se los metía por todas las aberturas de la boca como si fueran las últimas tortillas de la Tierra.

Después de comer se durmió sobre una banca de madera, poniendo el fardo por almohada. Las vendedoras del mercado, como si supieran que le cuidaban el reposo perdido en mucho tiempo, se encargaron de que ni pipotes ni moscas ni chuchos llegaran a molestarlo.

Se levantó a las tres horas, bien comido y bien dormido. Tomó camino de la carretera. Se bañó en unos chorros que estaban en las afueras de Santa Rosa y después se puso a esperar algún camión que quisiera llevárselo. Hacía señas pero no le paraban. Ya era de noche y, para no pasarse esperando inútilmente, decidió sacar provecho de cierto aspecto de enfermo que tenía. Empezó a caminar por el puro centro de la carretera, doblando los pies hasta que las puntas quedaran frente a frente. Encorvaba el tronco, sujetando el fardo con una mano y apoyándose en un palo con la otra. Caminaba así y abría la boca para lanzar quejidos fuertes y lamentosos. Los faros de un camión alumbraron a su espalda y le hicieron presentir que iba a tener suerte. Siguió caminando por el centro de la carretera de tierra y veía solamente nubes de polvo que el viento levantaba y los faros del camión volvían de color amarillento. Varios golpes fuertes de bocina le decían que el chofer quería que se apartara de una vez, que se saliera de la carretera. Pero siguió caminando, como si no oyera nada y, para darse seguridad, redobló los quejidos lamentosos. Un frenazo brusco levantó nubes de polvo en todas direcciones. El chofer se bajó furioso, tocándose la pistola que llevaba debajo de la camisa, y detrás de él saltó el ayudante. A lo lejos, las luces débiles de Santa Rosa se encaramaban en las colinas. El chofer iba tan colérico que parecía dispuesto a pegar a Tivo,

cuando en eso éste se dio vuelta; y al serle iluminada la cara por la luz de los faros, abrió los ojos. El chofer dio un salto, como si fuera a caerse de espaldas, y dijo muy asustado:

—¡A la gran puta!, ¿pero qué es lo que le han hecho a este pobre jodido?

Tivo empezó a comportarse como si no oyera bien y no tuviera mucha soltura de la lengua. Pero se preocupó de hacer llegar con claridad la idea de que tenía que llegar cuanto antes a San Pedro para que lo curaran en el Hospital Leonardo Martínez; decía que en este papelito —y agitaba la mano con la carta de la baja— estaba la orden de un doctor para que lo asistieran en el hospital, y que no tenía dinero para pagar el transporte y que ya no hallaba cómo hacer.

El chofer le dijo que se subiera con el ayudante en la parte donde iba la carga. Apenas arrancaron, olvidó su enfermedad y se hizo amigo del ayudante. El camión transportaba hacia la costa atlántica, un cargamento de dulce de panela, del mismo que Tivo usaba en otro tiempo para preparar chicha. Después de platicar un rato se acostó sobre los atados de dulce. Durmió con sueño profundo y no lo interrumpió ni con un desperfecto que tuvo el camión y que llevó como tres horas arreglarlo. Cuando, por fin, estaban llegando a San Pedro, Hermógenes, el ayudante, lo despertó y empezó a mostrarle las luces de la ciudad, regadas por el valle junto al espectáculo del amanecer. Se quedó absorto, con la boca abierta, sobre todo al sentir, por primera vez en su vida, que las llantas del camión rodaban sobre pavimento.

—¡Qué bonito se siente!—, dijo

Nunca había visto ni imaginado una ciudad tan grande. La frescura de la mañana en las tierras del norte le dejaba en los huesos aientos de una exhuberancia de la que se sentía parte y que, al mismo tiempo, sentía extraña.

Ayudó a bajar la carga en la bodega donde fueron a parar. Después el chofer dio el día libre a su ayudante y condujo el camión a un taller de reparaciones. Hermógenes se llevó a Tivo para mostrarle la ciudad. Se encontraron con Julián, viejo conocido de Hermógenes y también ayudante. Les regaló manos de las naranjas de su camión, plátanos y otras frutas. Chupando naranjas y comiendo plátanos almorcizaron ese día, sentados en una acera. En cuanto bajó el sol siguieron caminando. Una jauría de perros callejeros apareció y marchaban detrás de Tivo. Lo lamían y querían subírsele encima. Hermógenes le explicó que los atados de dulce se habían derretido con el calor del cuerpo, cuando se durmió sobre ellos, y había quedado con las ropas untadas de costra azucarada. Le decía que esos perros siempre andaban hambrientos y por eso querían subírsele encima, para lamerle el dulce que se le había pegado. Se sacudió las ropas y fue a lavarse. Desapareció entonces la jauría de perros callejeros.

Al pasar frente a una casucha de madera vieron una larga fila de adolescentes recostados a la pared. La fila entraba en la casa y los que estaban dentro, sentados en una banca, parecían nerviosos.

—Y esos, ¿qué están haciendo allí?

—Esos, —explicó Hermógenes,— vienen donde una mujer mala.

—¿Y qué es una mujer mala?

—Una magalla, una puta, ¿me entendés? Esta de aquí es una que le dicen "La Guisuta" y pisa barato, pero sólo con estudiantes. Esos que ves allí son puros estudiantes de colegio, puros colegiantes. Ni pelos en la cara han echado, son puras babosaditas. Detrás de aquel cancel que se ve allá adentro está "La Guisuta" acostada en una cama. Va pasando a cada colegiante con el pisto en la mano. Es un tostón lo que les cobra y sólo se los monta un ratito. El que no acabó en ese ratito, se jodió. Después pasa al que sigue, pero antes de montárselo se lava. Eso sí tiene "La Guisuta", es bien aseada. Nunca se encarama a ninguno sin lavarse aunque sea un poquito.

—Yo quiero ir! —dijo Tivo, mientras lo empezaba a invadir un temblor de piernas. Y como su imaginación era muy rica y volátil, sintió que el aire caliente de San Pedro se le había metido en la cabeza y arrastraba la imagen preciosa de "La Guisuta". La vio, durante un instante que nunca olvidaría, tirada en una cama, entre plumas de todos los colores, hecha redondeces desnudas cubiertas por un velo. La contemplaba así, como una de las doncellas de la corte del Faraón que había visto una vez en su pueblo. "Sinue, el egipcio" se llamaba la película.

—No, hombre, le dijo Hermógenes, ahora sólo está atendiendo estudiantes. Ni se te ocurra meterte allí porque te sacan esos cipotes que son más pícaros de lo que parecen.

Siguieron caminando. Tivo no podía pensar en otra cosa. Los aientos del aire caliente de San Pedro lo seguían asaltando, le metían con fuerza la imagen de una Guisuta esplendorosa, que lamentó siempre no haber podido conocer.

Comieron antes de que anocheciera. Hermógenes se tenía que ir al día siguiente, en la madrugada, y, como despedida, invitó a Tivo a beber cervezas.

Tivo seguía preocupado por conseguir trabajo. Siempre había soñado con que el norte estaba lleno de oportunidades y dinero. Este viaje reavivó sus sueños, largamente dormidos en el cuartel de Santa Rosa. Confesó a Hermógenes sus aspiraciones y éste, que era bastante listo para muchas cosas, se lo llevó esa misma noche a la pensión "Norteña".

Después de hablar con conocidos, pudo conseguirle un pequeño trabajo. Se quedaría de cuidador durante las noches, pero sólo sería por unas semanas porque el que estaba en el puesto iba a regresar. Como lo que le estaban haciendo era un favor, tendría que cargar, en recompensa, las maletas de los pasajeros que llegaban y salían. También tendría que dar de comer a tres perrazos policías amarrados en el patio, llevar comida a un infierno de pericos enjaulados en una terraza y limpiar sus suciedades.

Allí lo dejó Hermógenes y se despidió con un fuerte apretón de manos, diciéndole que volvería el otro mes, cuando el camión viniera a dejar un cargamento de café.

—Gracias, hermano, —le dijo Tivo— cuando volvás yo me encargo de las cervezas.

Empezó a trabajar bien, aunque sin entender algunas cosas. No se explicaba, por ejemplo, por qué tenía que haber siempre un rollo de papel higiénico debajo de las almohadas. Tampoco entendía por qué una mujerona, grande y gorda, apodada "La China" estaba siempre detrás de las muchachas que trabajaban en el comedor diciéndoles que no fueran tontas, que por qué tenían que

estar sacrificándose tanto para ganar una puerca; que ella conocía algunos señores que pagaban bien, que ellas, jóvenes y bonitas, no debían ser tan tontas.

Por primera vez en su vida, durmió en un catre de resortes suaves, pero el sueño no era muy reparador. Siendo el que cuidaba por la noche lo despertaban a cada rato pasajeros que entraban y salían. A las tres de la madrugada llegaban los carros sonando sus bocinas. Empezaba entonces una gran confusión de pasajeros saliendo en tropel porque los choferes no les daban tiempo de bañarse ni arreglarse. Salían desgreñados y legañosos, se caían o iban vociferando. Hubo pasajeros que quisieron irse sin pagar y Tivo los fue a buscar hasta los carros para cobrarles. Otros eran educados y le daban unas monedas cuando les ayudaba con las maletas. Pasaron señoras que le regalaron panes de provincia, hechos con esmero, y jabones medicinales para que se bañara y no lo atacara el salpullido. Otros lo hicieron caminar cuadras anteriores, cargando grandes valijas de cuero, costales llenos de cosas pesadas, fardos diversos y hasta cipotes cagados; y después no le dieron ni las gracias.

Los ajetreos de este tipo de vida, unidos al resplandor de la luz eléctrica y la ausencia de iluminación natural, la vida nocturna y la mala alimentación, lo debilitaron otra vez. Pero ahora no corría peligro grave porque caminaba bien, cargaba los bultos y contestaba las preguntas que le hacían.

Las muchachonas alquilaban cuartos para llevar clientes salidos de la noche. Pasaban por el pasillito de entrada donde reposaba Tivo haciendo bromas pesadas. Ante las mujeres fue el ser más tímido que pasó por

aquella pensión. Por eso se aprovechaban las muy desgraciadas. Unas pasaban tirándole del pelo con fuerza, despertándolo. Otras le pegaban chicle mascado en la cabeza o la ropa. Hubo una demasiada perversa, que lo maquilló mientras dormía, dejándolo como bailarina de cabaret; y cuando el pobre Tivo se despertó y se fue a dar de comer a los veintisiete pericos infernales, se convirtió en el hazmerreir de quienes lo vieron. Terminó lavándose la cara con resignación, sin odios ni resentimientos.

Pero con el tiempo, entre tantas bromas, fue agarrando confianza y volviéndose audaz. Empezó a devolver broma por broma. A la que lo maquilló mientras estaba dormido le devolvió la broma castigándola durante días enteros. A veces la mujer estaba tratando de convencer a un cliente, o simplemente platicando, y Tivo se dejaba venir a la carrera, por detrás, con una de las manazas extendida; le agarraba las dos nalgas juntas y le daba un fuerte tirón, huyendo veloz mientras la muchacha llenaba la pensión de gritos y maldiciones. A la que le vivía diciendo: *Tivo, tiviche, nariz de trapiche*, la contestaba, poniéndose la mano entre las piernas y haciendo como que se agarraba lo que allí tenía: *vení que te muela con este trapiche*. A la que se burlaba de él, diciéndole con malicia delante de la gente, para humillarlo: *¿y vos has probado a yate alguna vez?, ¿no será que por no probar te quedaste tan dundo?*, le contestaba: *sólo me falta probar del tuyo, cosita, y si no me lo vas a dar me lo voy a tomar*. Al oír esto la burlista se contenía del miedo.

Y después las castigó a todas. En cuanto las veía aparecer, antes de que fueran a decirle algo, se les tiraba encima y las abrazaba. Les decía:

—¿Cuándo, mamacitas, cuándo?

—Cuando te paguen, tonto, y nos regalés un par de aritos y un vestido nuevo.

El aire burlón desaparecía de su cara y un gesto triste lo oprimía. Se ponía a pensar que en cuanto le pagaran le iban a descontar el par de zapatos que le habían dado y la mudada nueva; que tendría que pagar comida, lavado de ropa, y no le iba a quedar casi nada de dinero.

Ya le habían anunciado que debería irse porque el vigilante había anunciado su regreso. Tal vez hubieran podido ponerlo a hacer otro trabajito, ya que todos se habían convencido de que era honrado y los mismos pasajeros eran los primeros en decirlo. Pero en esos días ocurrió algo que se lo llevó lejos y ya no volvieron a verlo; ni siquiera Hermógenes, que lo buscó como loco al regresar con el cargamento de café.

En la pensión “Norteña” había un relajo constante. No era sólo por la entrada y salida de pasajeros, vendedores ambulantes, lustrabotas, muchachas con sus clientes, sino por la cantina. Allí tronaba todo el día y buena parte de la noche una rockola de tiempos pasados, y era uno de los sitios más borrascosos de toda la ciudad. A cada rato entraba la policía y un día sonaron dos disparos, entre gritos y quebradera de vasos. Un borracho había agredido con un cuchillo al marido de la dueña. El hombre no tuvo más que sacar un revólver y disparar. El otro cayó muerto allí mismo, cubierto por una confusa sombra de botellas quebradas, preguntas, gritos, eructos de cerveza y aguardiente, humo de cigarrillos, calores de San Pedro y espera ansiosa de que la policía apareciera de un momento a otro.

Tivo no estaba el día del incidente en la cantina porque lo habían mandado a comprar la comida de los perros policías. Pero una noche en que no podía dormir salió a caminar por los pasillos de la pensión; y como tenía el oído muy desarrollado, nunca se le escapaba nada de lo que pudiera oírse a su alrededor. Oyó voces que hablaban de él. Estaban diciendo que era buen candidato para mandarlo a declarar como testigo; y luego fue que se pusieron a inventar los testimonios que pondrían en su boca. Le parecía mentira lo que estaba oyendo. Lo querían meter en algo que ni siquiera había visto, pero no le quedaba duda porque sus finas orejas lo habían oído muy claro.

No esperó a que amaneciera ni a que llegaran los primeros carros a buscar pasajeros. Agarró sus pocas pertenencias, hizo un fardo como el de otras veces, y se fue en silencio, dejando todo limpio y en orden.

Tomó café en un puesto de la calle y se dedicó a vagabundear por todos lados, confundido con la imprecisión del amanecer. Amaneció y siguió vagando toda la mañana por puestos de camiones, mercados, fábricas, bodegas, puestos de ventas ambulantes, tratando de conseguir trabajo. Pero no pudo conseguir nada.

Ya cansado, tomó un autobús en dirección a la ciudad de El progreso. No sabía por qué había tomado hacia allá, tal vez porque pensaba meterse a trabajar en los bananales. Pero si hubiera sido así, se habría acordado de lo que le dijo Hermógenes: que si un día le daban ganas de ir a probar suerte en los campos bananeros, se fuera a un lugar llamado "La Garroba", en dirección de Potrerillos; y le había dado los nombres de unos parientes que lo podían ayudar. Parece que estuvo pensando en ir a trabajar

a los campos; pero se contuvo no sólo por el miedo que le daba pensar en los barba amarilla y en trabajar con el machete, sino porque sus inclinaciones apuntaban directamente hacia la vida urbana.

Caminaba con su fardo por las calles de El Progreso, bajo un fuerte aguacero, buscando sin muchas esperanzas trabajo. Pasó un automóvil manejado por una mujer y, repentinamente, se apagó. Por más que la conductora hacia esfuerzos, no podía encenderlo. El aguacero estaba tan fuerte que era peligroso que el carro se quedara parado en la calle porque se podía formar una corriente capaz de arrastrarlo. Tivo vio a la mujer manoteando dentro y, desde la lluvia torrencial, le hizo señas para decirle que iría en su ayuda. El auto ya se había pegado en el fango, pero él tenía tanta fuerza que lo sacó después de varios empujones y la conductora pudo encenderlo. En cosa de minutos el aguacero desapareció y ella abrió la puerta para darle las gracias. Quiso sacar unas monedas de la cartera. Al verla hacer eso, Tivo le dijo:

—Mejor dame algún trabajito. Le puedo chapear el jardín, afilarle cuchillos, arreglarle las goteras o barrerle el patio. Se lo voy a hacer bien barato.

Ella, al ver la manera tan graciosa como movía la cabeza, sintió simpatía por él. Pensó que podía emplearlo para ciertas tareas que tenía pendientes.

—Venite, pues, le dijo. Yo vivo en aquella casa que se ve al fondo, donde termina la calle.

Arrancó y fue a estacionarse como seis cuadras más adelante, frente a una casa que cerraba la calle. Tivo se fue siguiendo el automóvil, con las ropas completamente empapadas.

Era una casa de madera, grande y vieja, con aspecto de construcción colonial inglesa. A pesar de que lucía desordenada, dejaba ver que en otro tiempo había sido habitada por gente elegante. Se entraba por un porche junto al que había varios cocoteros. A medida que avanzaba, Tivo se asombraba. Nunca había entrado a una casa así.

Vio a la señora bajar del automóvil y se quedó un poco asustado. A través de la lluvia la había visto más joven y ahora solamente le parecía una mujercita que se contrastaba a sí misma. La cara se veía ajada por perfumes, desvelos y afeites, y unas ojeras verdosas se ocultaban tras unos grandes anteojos oscuros. Un cuerpo pequeño pero voluminoso terminaba en unas manos finas, y se sostenía sobre unos pies tan diminutos que Tivo no se explicaba cómo podían mantenerla parada. Entró tras ella. En el porche le indicó que fuera recogiendo todos los desperdicios que se encontraban regados por el patio y que después cortara el zacate. No dejaba de observar las grandes manos de Tivo, el aspecto fuerte que tenía, y no se le pasaron por alto las dos marcas en los labios. No le quitaba la vista de encima. Lo observó con mucha curiosidad por un buen rato y, cuando estaba terminando de recoger los desperdicios, le dijo:

—Ya que querés trabajo, mañana te voy a dar una tarea. A ver si aguantás.

Terminó de recoger cientos de latas oxidadas, botellas quebradas y pedazos de cartón, y se sentó en una mecedora que estaba debajo de los cocoteros. Ya era de noche. Siguió anocheciendo y no se movía de la mecedora. Empezó a llegar gente. Hombres silenciosos parecían moverse en puntillas y se alegraban al llegar al salón, entre música

y muchachas que los recibían. Tivo siguió quieto en la mecedora porque la Patrona le había prohibido pasar al salón. Le había dicho que podía dormir en el cuartito que estaba detrás de la casa, donde se guardaban herramientas y cosas viejas, pero él prefirió seguir en la mecedora.

Dos enanos, apodados Chaplin y Gardel, aparecieron. Era asombrosa la evocación y vestían smoking con rigurosa etiqueta. Se ocupaban de servir las mesas, eran discretos, educados y hablaban perfecto inglés. La Patrona los había negociado —se los había rufianeado, como decían sus amigas perversas— años atrás en Belice. Las muchachas jugaban con ellos, los embromaban y les ponían apodos.

Era alegre el ambiente de aquella casa, que pasaba por centro de costura. A pesar de que las exprimía, las muchachas querían a la Patrona porque les había enseñado a costurar y a tejer, las vestía bien y les hacía regalos. Algunas hasta le decían “tía” o “madrina” y los enanos eran los niños mimados.

Tivo nunca había visto tanta fastuosidad. Ni siquiera se había imaginado que pudiera existir. Desde la mecedora veía llegar automóviles sacados de un sueño o de alguna de las pocas películas que vio en su vida. Estaba deslumbrado hasta la confusión y no entendía nada. No sabía que se encontraba en una de las casas de cita más famosas en el norte del país, frecuentada por hombres de mucho dinero y por personeros de la Tela Railroad Company.

El aire se llenaba de risas y labios de preciosas mujeres se recogían en imágenes que no eran de este mundo. Chocaban vasos y copas. Sonaban botella que se descocaban y se sentía el olor de guisos fabulosos. Pasaban a

pocos pasos caballeros elegantes. La gente hablaba de manera incomprendible. En la cabeza de Tivo se formó tal confusión que terminó durmiéndose en la mecedora, con la boca abierta.

Al día siguiente se despertó entre botellas consumidas, vasos quebrados o vacíos, restos de toda clase de comidas festejados por hormigas y otros bichos. Había también servilletas tiradas por todas partes, en las que labios pintados de rojo dejaron huellas sensuales, colillas de cigarrillos y chencas de puro. Cocktails que nunca terminaron de consumirse estaban abandonados sobre mesitas de metal, regadas en desorden por el patio y el jardín. Quedaba en el aire olor a bacanal.

Lo primero que hizo fue pasarse la mano por la cara y abrir despacio los ojos. Vio aparecer a la Patrona envuelta en una bata rosada, moviendo con cierta gracia sus pequeños pies, metidos en unas pantuflas aterciopeladas. Traía en la mano una taza de café con leche y un pan untado de mantequilla. Le ofreció a Tivo y le empezó a preguntar que por qué se había quedado durmiendo debajo de los cocoteros, que allí seguramente lo habían picado los zancudos y que si no le había dado miedo que fuera a llover en la noche, que si no sabía que podía dormir en el cuartito de las herramientas. El contestó que era cierto, que sabía, pero que la silla mecedora se lo había ganado, que se sentía cómodo en ella, que le había dado pereza ir hasta el cuartito de las herramientas. Además, seguía contestando, le daba miedo que en el cuartito hubiera arañas y culebras.

La Patrona se divertía con su ingenuidad. No dejaba de mirarlo con sus ojillos de comadreja, que se movían in-

quietos detrás de sus gruesas gafas. Parecía haber descubierto algo en él porque le tenía bien clavada la mirada. De repente, salió en extraña carrera, moviendo las caderas en gastados laberintos aéreos. Se metió en la casa y regresó como a los tres minutos, sosteniendo entre sus manos una tortuga verde.

—¿La ves? —preguntó— Quiero que vayás a un lugar donde abundan, allá por los quineles, y me trraigás doscientas como ésta. Te voy a pagar bien si me conseguís esa cantidad porque las necesito para un remedio.

Desahuciada por los médicos de aquí y por los de Nueva Orleans, aquella patrona de la casa de citas estaba en manos de dos médicos sobrenaturales, que nunca pudieron ponerse de acuerdo sobre los poderes de su ciencia. Eran don Zacarías Banegas y doña Brígida Muñoz. Habían convencido a la Patrona de que unos enemigos le habían hecho maleficio y mandado a poner sapos y otros animalejos dentro del cuerpo. Al principio la Patrona no quería creerse estas historias, pero un día que estaba muy mal, doña Brígida le administró ciertos remedios de hierbas y la tuvo vomitando todo el día. En la noche le mostró, envuelto en un pañuelo de seda, un renacuajo azul.

—Esto es lo que la tiene malita, mire —le dijo con tono triunfal—. Si no se hace el tratamiento ahora, seguirá desfalleciendo, poniéndose cada vez más pálida, soportando grandes dolores de cabeza y de cuerpo; los pechos se le irán aflojando hasta caérsele del todo y la piel se le va a poner como cuero de pescado.

—Y tiene muchos más como ése, —agregó don Zacarías, que no perdía detalle y trataba, por todos los me-

dios, de que doña Brígida no estuviera a solas con ella. —Si no se los saca todos —continuó—, si le queda aunque sea una aleta o una espina de estos animales, será como si no se hubiera hecho tratamiento, porque en cosa de semanas va a tener otra vez la barriga llena.

La Patrona estaba gastando toda su fortuna en curarse. No tenía familia que mantener y ya no le importaba el dinero, sino una de las recetas. Para prepararla tenían que extraer el corazón a doscientas tortugas de una variedad que sólo existía en esa región. Llevaba meses tratando de encontrar quien le hiciera el trabajo de recogerlas, puso anuncios en los periódicos, buscó gente desocupada, envió mensajes a todas partes, pero no había podido encontrar a nadie.

Al día siguiente Tivo salió muy temprano. Marchó decidido en dirección a los quineles, especie de acequias en las fincas bananeras, que era donde estaban las tortugas. Salíó silbando, cargado de costales y lazos. Recorrió ciénegas y lodazales, se metió entre bananales espesos, lo atacaron garrapatas y zancudos, mozotes y espinas; sudó chorros indecibles y se desgarró las ropa entre arbustos indoblegables. Caminó kilómetros y kilómetros hasta entrar a los quineles. Se metió con el agua arriba de la cintura. Con el machete tiraba ramas de arbustos y los desmochaba; tiraba también restos de zacate que volaban por el aire, ramajes tupidos y floraciones espinudas que querían detener su paso.

Ya bien metido en los quineles, llegó a un lugar donde empezó a ver grandes manadas de tortugas que llegaban de todas partes. Sonreía y movía la cabeza hacia todos lados. Saltaba y se contorneaba contentísimo por el

sentimiento que le producía la vista de tan gran cantidad de aquellos animales. Le parecía que las fincas de banano eran desde siempre y para siempre moradas únicas de aquellas tortugas; que todas las bendiciones de la Tierra, las curas posibles contra todas las enfermedades que deformaban los cuerpos y afeaban las almas, estaban allí, entre esos lentos y prodigiosos animalitos.

Loco de felicidad, lanzando gritos que se perdían inescuchados, empezó a dar vuelta a las tortugas. Las ponía con las patas hacia arriba, descansando sobre el lomo, porque así no podían escaparse. Iba llenando los costales, y las que no le cupieron en ellos las amarró con los lazos, formando sartas interminables. Se echó los costales al hombro. Con una mano los sostenía y con la otra levantaba las sartas.

Regresó entre quineles y zacatales y, cuando llegó a terreno más descampado, hizo una sola maleta. Era un conjunto extraño, ya que el bullo era más alto que él y las tortugas remaban y movían la cabeza, oprimidas en su lentitud. Sólo la fortaleza de Tivo permitió que se echara al hombro toda aquella carga complicada, moviente y singular. Algunos dijeron después que el bullo era como dos veces más grande que él, y otros sostenían que tres.

Así entró a la ciudad, entre rechiflas de chiquitines y adultos, que nunca habían visto cosa semejante. Los automovilistas le lanzaban bocinazos porque se había ido caminando por la avenida principal, y como las tortugas no lo dejaban ver, se les iba poniendo enfrente a los automóviles que pasaban.

A la hora del almuerzo la Patrona estaba qué daba vueltas de alegría. Había contemplado veinticinco gran-

des tortugas tiradas en el patio, en el mismo lugar donde antes había estado el laterío. Las muchachas lucían más que contentas porque la Patrona había ordenado que les dieran whisky a todas, para festejar, y ese día la comida se sirvió en abundancia.

Tivo se disponía a echar el segundo viaje, después del almuerzo, cuando en eso vio entrar a don Zacarías Bane-gas y a doña Brígida Muñoz. No había terminado de contemplar las veinticinco preciosas tortugas y ya se estaban peleando. Tenían ideas verdaderamente distintas sobre el tratamiento. Don Zacarías sostenía que los sapos y bichos de la Patrona debían sacarse mediante la aplicación de un ungüento que él pensaba preparar con el cebo de las doscientas tortugas; y sólo hasta después la sometería a unos baños con una agüita en la que pondría esencia de corazón de tortuga. Doña Brígida quiso exponer allí mismo su tratamiento, sobre todo al ver que la Patrona se inclinaba más por las recetas de don Zacarías. Sabía que estaba en desventaja porque él hablaba bonito y ella, en cambio, tartamudeaba y casi nadie entendía lo que decía.

Empezó el alegato y don Zacarías no la dejaba hablar. Pero doña Brígida no estaba dispuesta a perder tan fácilmente a la Patrona. Tenía de su lado a las muchachas. No aguantaban de don Zacarías que, en medio de aquellos grandes calores, no se bañara nunca. Decían también que lo sentían vulgar y morboso, que les había hecho proposiciones sucias y que era un viejo con mala espina. No se habían rebelado porque le tenían miedo, no fuera que en venganza les dejara depositado un sapo en los intestinos.

Doña Brígida al fin pudo hablar. Empezó a decir, muy despacio, que ella no estaba jugando, que su trata-

miento había sido probado por años en muchas partes del país, que eran canastadas de sapos, culebras y otros bichos lo que había sacado con él. Decía que no eran dos ni tres, sino cientos de personas las que había salvado de hechizos y maleficios. Y ya se iba enojando, porque de repente, estaba diciendo que lo mejor que podía hacer ese viejo tonto era irse a sembrar la tierra y dejar de meterse en cosas de las que no sabía nada.

Don Zacarías lanzó una sonrisa de burla al ver a doña Brígida enojada y temblando de cólera. Quiso hablar, seguro de que con un buen discurso controlaría la situación. Pero no pudo abrir la boca. Se quedó mudo y asustado cuando vio a todas las muchachas detrás de doña Brígida, formando un fuerte grupo de choque. Ella se adelantó, sabiendo que no lo podía dejar hablar porque allí sí que la llevaba perdida. Morada de furia, con los ojos enrojecidos, levantó la mano. Señaló a don Zacarías con un dedo huesudo y arrugado, mientras decía con una bocota bien abierta, en la que resaltaba un único diente de oro macizo:

—¡Te voy a poner un ratón en la cabeza, un tacuacín en la panza y un murciélagos en el culo, hijuelagranputaculero!

Lo que vino después es imposible de imaginar. La casa entera se estremeció. La patrona entró en convulsiones de miedo y hacía la señal de la cruz. Las muchachas perdieron el poco temor que les quedaba a los maleficios de don Zacarías y sólo veían en él a un viejo derrotado. Una lluvia de palos, cacerolas, insultos, gritos, chillidos e imprecaciones, se dejó venir sobre el pobre hombre. Tuvo que salir corriendo hacia la calle. Doña Brígida y las

muchachas lo persiguieron a lo largo de varias cuadras, y dejaron luego la persecución a cargo de un tropel compuesto por vagabundos y niños de todas las condiciones: niños calzados y descalzos, lustrabotas, vendedores de periódicos, niños huérfanos y pobres, niños pícaros hijos de padres ricos, niños pandilleros y otros.

—¡Viejo culero!, ¡culero...lero...lero!—, le gritaban mientras le arrojaban piedras y lo hacían desaparecer en dirección a La Lima.

Doña Brígida quedó dueña absoluta del tratamiento, que realmente era más suave y benéfico que el de don Zacarías. Consistía en frotar suavemente sobre la piel, a ciertas horas del día, los corazones vivos de las tortugas y poner después pétalos de rosa. Los bichos saldrían al rezar ciertas oraciones que sólo ella sabía y mediante abluciones con una poción que prepararía llamada “agua del susto”.

Tivo tardó ocho días en reunir las doscientas tortugas. Salía dos veces diarias a recorrer los quíneles, por la mañana y después de almorzar. Estaba tan absorbido por su trabajo, que en esos ocho días no se cambió de ropa ni se quitó los zapatos. Dormía en la mecedora, debajo de los cocoteros, con la boca abierta, soñando en la recogida del día siguiente. Casi no comió en esos días, se olvidó hasta de sacarse las garrapatas y rascarse las picaduras de los zancudos.

Su extraña presencia llamó la atención del biólogo Enotikómenos, pariente lejano de aquel famosísimo doctor Frónesis. Incluyó el caso de Tivo en el informe que preparó para la Universidad de Yale, señalándolo como uno de los principales agentes de desequilibrio ecológico en la región.

Cuando estuvieron reunidas las doscientas tortugas, hubo que levantar una cerca alta en la casa. Por el tratamiento no se atendían clientes en esos días. Pusieron muchas tablas y láminas de cinc porque toda la población de El progreso se había instalado al frente para ver lo que la vieja quería hacer con tantas tortugas.

—Es que se volvió loca —decían unos.

—Es que de tanto llevar mala vida la gente se trastorna —decían otros.

—¡Yo quiero una tortuguita!, ¡yo quiero una tortuguita!— gritaban los niños.

—Son para vender. Esa vieja es una gran pistera y ya no halla que hacer para ver el pisto.

.....

—Las quiere para mandar a hacer peinetas y jaboneras.

—Es que una curandera le está sacando el hechizo con puras tortugas. Dicen que hace años le hicieron un gran maleficio y le pusieron una tortuga en la panza. Y dicen que la curandera mantiene a la vieja en la cama, boca arriba, y hace que las tortugas del patio llamen a la que está encerrada en la panza.

—Debe ser feo eso de tener una tortuga en la barriga, sólo fijense en lo galana que era esa señora y en lo amarilla y avejentada que se ha venido poniendo.

Durante un mes la casa permaneció cerrada y las muchachas fueron dedicadas a cuidar a la Patrona. Comían solamente carne de tortuga porque doña Brígida había dicho que así debía ser para que el tratamiento resultara. Por las noches se quedaban con Tivo hasta altas horas, alumbrándose con veladoras de aceite, oyendo los rezos

de la hechicera y oliendo infusiones que preparaba con ruda, patas de gallina e incienso.

Pero a pesar de las abluciones con "agua del susto", de los tés de ruda, del incienso y las veladoras, de todas las tortugas restregadas sobre su cuerpo para espantar a Satanás con su corte de diablos cachudos y peludos, la Patrona una noche se murió.

Nunca se vio a Tivo tan triste, porque ella fue quien lo acogió y trató como nunca en la vida lo había tratado nadie. Fue el primero en darse cuenta de que se había muerto. Cuando estaban todos junto a la cama, oyendo las oraciones de doña Brígida, él no despegaba la vista de la enferma. Esa noche la vio tan tranquila en su sueño que soltó una exclamación:

—¡Ya no está dormida!

Nadie sabía qué decir. Pensaban que era una frase que Tivo había soltado sin saber lo que estaba diciendo. Pero doña Brígida saltó hacia la enferma y le tomó la mano.

—Es cierto lo que dice Tivo, está fría y tiesa. Miren.

Las muchachas se lanzaron a tocarla y comprobaron que estaba muerta. Tivo fue el primero que rompió en llanto. Empezó a patalear y a revolcarse en el suelo, como si fuera un niño malcriado, mientras se agarraba la cabeza y se tiraba de los pelos. Parecía que se había vuelto loco.

La velaron en la casa. Al principio sólo la velaban doña Brígida, Tivo, la cocinera, las muchachas, Chaplin y Gardel. Pero antes de la media noche empezó a llegar de todo el país un gran tropel de parientes que revolvieron los armarios, bajaron las cortinas, empaquetaron los muebles,

se repartieron vestidos y joyas, y siguieron insultándose entre sí por lo bienes sin repartir. Una grullada de niños, llegados con los parientes, jugaba por todos los rincones de la casa, correteando y metiendo ruidos en la noche y la madrugada. Los dos enanos se habían confundido con ellos y correteaban también. Se sirvió café, pan dulce y tragos. Como la bebida corría sin parar, Tivo agarró una borrachera como nunca se la había puesto en su vida. Y seguiría bebiendo, hasta gastarse todo el dinero que se había ganado por recoger las doscientas tortugas.

Amanecieron con los ojos rojos de llanto y desvelo, con las caras tiesas por la tristeza. Doña Brígida sacó energías, quién sabe de dónde, y se pasó rezando sus oraciones junta al cadáver. Había amanecido y todavía esperaba que salieran de un momento a otro los sapos y culebras que el hechizo, el Demonio o quién sabe qué maldades, habían metido en la barriga de la Patrona. Dijo que no había que perder las esperanzas; y empezó a contar un caso que había atendido muy lejos, en otro país, en el pueblo de Illobasco.

Era la mujer más bonita de Illobasco y nadie sabía que le habían dado hechizo. Hacía tiempo que el mal la venía destrozando. Cuando ella la empezó a curar ya estaba postrada y, al poco tiempo, se le murió, convertida en una enorme masa hinchada. Esa misma noche ella se fue a recorrer todas las tiendas y talleres de muñecos de barro que hay en Illobasco y, por casualidad, encontró una figurita de buen barro donde estaba retratada la mujer más bonita del pueblo. Le extrañó mucho el aire de la figura porque, aunque estaba bien hecha, mostraba un aspecto triste, como de enferma. Doña Brígida la manosea-

ba y, en eso, se le cayó. Al hacerse pedazos descubrió que por dentro llevaba pequeñas figuritas que representaban a cinco culebras: dos mazacuatas y tres bejuquillas.

Corrió al velorio, rezó las oraciones contra las mazacuatas y las bejuquillas, y todos vieron como la muerta era removida por grandes temblores. Las culebras empezaron a salir por la boca, hasta que salieron las cinco. Después la mujer habló, se levantó, y volvió a ser la más bonita de Ilobasco.

Algunos la oían esperanzados mientras contaba esta historia, pero ya casi nadie le creía. Las muchachas empezaban a murmurar que esa vieja sinvergüenza sólo había venido a llevarse el dinero de la Patrona, que le había cobrado una barbaridad de plata por el tratamiento, que todo había sido pura farsa, que eso de los hechizos era pura mentira.

Hubiera seguido tranquilo el cuadro de ojos cansados y rostros estirados, iluminados por las velas, esperando que llegara la hora del entierro. Pero ocurrió que doña Brígida abandonó por un rato los rezos junto a la muerta y se fue al cuartito que tenía en la casa. Regresó a los pocos minutos, dando gritos ensordecedores y trayendo suspendido por una oreja a un hombrecillo que medía poco más de un metro de altura, feo y con cara de tonto. Tendría unos treinta años menos que ella, pero era muy enclenque.

—AAAay!, jaaaay!, —decía doña Brígida— este maldito se paseó en mi vida y lo voy a matar. ¡Lo voy a matar! ¡Lo voy a matar!

Y seguía caminando por el salón, con el hombrecillo suspendido por la oreja, mientras él trataba inútilmente de zafarse. Agitaba en el aire los pies y los niños llegaron

en tropel y, entre grandes gritos, celebraban los castigos que doña Brígida le daba. Los enanos, confundidos entre los niños, se acercaban a él y lo pellizcaban. La anciana seguía dando alaridos.

Todos estaban confundidos, no sabían lo que pasaba. Hasta que fueron descubriendo que venía haciendo vida marital con doña Brígida, sin que nadie lo supiera. La viejita lo había mantenido oculto en su cuarto y no pudieron verlo durante todo ese tiempo. Era una gran sinvergüenza y, mientras estaban todos en el velorio, tomó el dinero que la Patrona le dio a doña Brígida por el tratamiento. Se fue por bares y salones a beber, y en una sola noche lo perdió todo jugando al Poker.

Doña Brígida seguía diciendo que lo iba a matar y se fue caminando, siempre suspendiéndolo por la oreja, en dirección a la cocina. Allí tomó un cuchillo y regresó blandiéndolo a la sala del velorio. De inmediato se armó tal alboroto que hasta el mismo féretro fue a parar al suelo. Le cayó encima a doña Brígida y algunos la agarraron para desarmarla. El hombrecillo logró zafarse y escapó. Tivo salió corriendo tras él, pero estaba tan borracho que se tropezó y se cayó. El hombrecillo era muy volátil y cruzó hecho un viento rápido toda la casa y las calles de la ciudad, hasta perderse en dirección de los quineles. Dicen que nunca más se le volvió a ver.

La tarde del entierro fue una de las más tristes que Tivo conociera; además de su tristeza, sentía el alma partida al ver dolientes y llorosas a las muchachas. Cuando se despidió del féretro para siempre, le entró un dolor que sólo pudo contener tomando aguardiente. Tenía la botella en la mano y tomaba trago tras trago.

Regresaron a la casa y él se encerró en un cuarto. Metió varias botellas de aguardiente y pasó seis días bebiendo solo, sin querer ver a nadie.

Al salir estaba tan demacrado que las muchachas pensaron que podría ser el próximo en morirse. Doña Brígida ya no estaba, varias muchachas se habían ido y otras hacían las maletas. Los dos enanos desaparecieron desde la noche cuando se mezclaron con los niños, y nadie volvió a saber nada de ellos.

Las muchachas que quedaban lo convencieron una tarde para que fueran a pasear. Se fueron y llegaron hasta la Villa de la Lima. Andaban caminando, tratando de divertirse, haciendo planes para después, ahora que los familiares les habían dicho que debían irse de la casa. Tivo paseaba con la botella en la mano. De pronto se les perdió para siempre.

Se pasó a Lima Vieja, la parte de la Villa donde están las cantinas y la pobreza. Siguió bebiendo sin parar. Una noche, en medio de la gran borrachera, creyó ver a la Patrona caminando por un callejón. Llevaba el velo blanco con que la despacharon a la sepultura. El abrió los ojos tanto como pudo y corrió tras ella, gritándole. Pero ella se movía veloz, no tocaba tierra con los pies, sino que iba suspendida en el aire. Tivo la vio entrar en uno de los bares y se lanzó decidido tras ella.

Fue la misma noche en que Eduardo y Jaime preguntaron a Lucy que si quería ir a conocer un burdel. Se la llevaron al *Smoking Fish*. Estaban sentados bebiendo cervezas y oyendo canciones de la rockola. Lucy estaba algo recelosa y ellos lo notaron. La verdad era que, aunque había dicho que sí, sentía miedo de estar en ese lugar. Se les

ocurrió hacerle una broma, sobre todo a Eduardo, sin darse cuenta de que en ese momento entraba Tivo buscando a la Patrona, con los ojos bien abiertos. Traía las manos extendidas, hechas un gesto solícito que sólo se puede dirigir a una mujer. Lucy estaba de espaldas a la puerta y no pudo verlo entrar; pero Eduardo, que estaba de frente, fue el primero que lo vio y casi se cae de la silla al ver el gesto terrible. Sin perder el impulso de la emoción que había adquirido, dijo a Lucy:

—¡Mirá!, allá viene uno a sacarte a bailar.

Lucy se puso a temblar porque pensó que un cliente la había confundido con una de las muchachas del *Smoking Fish*. Temblaba y no sabía lo que tendría que decirle. Pero cuando, instintivamente, se dio vuelta y vio la cara de Tivo, casi da un grito y, del susto, dejó caer el vaso.

Tivo no la había visto. Siguió de largo, con las manos que seguían buscando tiernamente a la Patrona. Revisó hasta el último rincón del *Smoking Fish*, sin encontrarla. Salió como había entrado: la misma cara, los mismos ojos y las mismas manos. Lucy todavía temblaba. Eduardo y Jaime se reían. Tivo siguió bebiendo de cantina en cantina, hasta que volvió a quedar sin un centavo.

Haciendo trabajos pequeños que le alcanzaban para medio comer y subsistir, se fue desplazando hasta que llegó a Puerto Cortés. Tampoco aquí pudo encontrar trabajo fijo, por más que recorría calle por calle, casa por casa, pidiendo que lo pusieran a hacer de lo que fuera. Finalmente, una noche, terminó acostado cerca de los muelles. Estaba tirado en una acera, con las manos tras la nuca, haciéndole de almohada. Por encima de las bodegas sobresalía la proa negra del carguero griego *Helesponto*, que se

encontraba atracado en el muelle. Viéndolo, y oyendo por todas partes voces de marineros que deambulaban por el puerto, palabras en lenguas extrañas, se le ocurrió que tal vez le habría gustado conocer otras tierras, ser como esos marineros, andar por todas partes. Siguió así, divagando sobre lo que le hubiera ocurrido si alguna vez hubiera sido marinero. Pero no se le ocurrió intentar embarcarse.

Después de andar por el puerto y de regresar a San Pedro, volvió a sentir miedo de las enfermedades. Y, pensando adelantarse a su terrible llegada, buscó hacia las tierras altas del interior, montañosas y sanas. Pero no tomó dirección de Santa Rosa, sino de la Capital.

Tardó tres días en llegar, entre grandes privaciones, pero encontrándose con gente que en algo le ayudaba. En una estación de gasolina, donde esperaban varios camiones, se empezó a sentir como cuando salió de Santa Rosa. Todo porque, en un remedo de recuerdo y fantasía, creyó ver la sombra de Hermógenes que se deslizaba entre los camiones. Se puso a seguirla, gritándole, pero no encontró a nadie.

Llegó a la Capital sobre el toldo de un camión madejero. Era diciembre, hacía mucho frío en la parte central del país, y Tivo venía morado por falta de abrigo.

Se pasó días enteros recorriendo los mercados, medio comiendo y medio durmiendo, haciendo trabajitos pequeños con los que algo se defendía. Cuando no hallaba nada qué hacer, se dedicaba a recorrer las calles, pobres y desoladas, tristes; a encaramarse en todas las colinas y cerros aledaños, donde no hallaba vida de nada. Días hubo en que sólo comió dos tortillas *sin sal* y no pocas noches tuvo que dormir bajo los puentes.

Habían pasado varias semanas y no encontraba ni sombra de trabajo. Se dedicó a vagabundear con más frecuencia y a veces tuvo la suerte de encontrar paisanos que lo reconocieron, le regalaron un peso, frutas, o lo convidaron a alguna cosita. Descubrió cosas que jamás hubiera imaginado; la vida bajo los puentes, que a él le pareció como una ciudad dentro de otra ciudad; la tristeza interminable de la gente y la falta espantosa de trabajo; descubrió con entusiasmo al vendedor de tapa-cucas, quien se pasaba vendiendo bloomers y medias de mujer por las principales calles, y con una sonrisa graciosa decía a sus presuntas clientas:

—¿Quiere tapa-cucas, linda?, ¿mantelitos para tapar el pan, señora? Compre, compre, yo le doy barato.

Y agitaba con las dos manos las cosas que vendía.

Dicen que en el pueblo todavía se habla mucho de esta historia porque a Tivo le divirtió bastante, y lo primero que hizo fue contarla a todos los paisanos que se encontró.

Cobró gran gusto por los vagabundeos, sobre todo por encaramarse en lomas, cerros y colinas, y quedarse viendo por largo rato los retazos de la ciudad que desde allí se dominaban. Una vez se quedó dormido en un parque que tiene la mejor vista y unos policías se lo llevaron, sin escuchar las explicaciones que el pobre quiso darles. Lo tuvieron detenido toda la noche y lo soltaron en la mañana. Como al salir no aguantaba las ganas de orinar, lo primero que hizo fue ponerse a descargar en el centro de una calle. En esas estaba cuando venía pasando la misma patrulla que se lo había llevado, y el patrullero, al verlo orinando, dijo:

—Ese jodido nunca se va a componer, ¡agárrenmelo otra vez!

Así fue como Tivo resultó cogido dos veces por la misma patrulla. La segunda vez lo maltrataron y lo mantuvieron detenido por cuatro días.

Al sólo entrar en la celda, el reo que mandaba en ella ordenó que le pasaran la culebra, que lo despojaran de todo. Lo que andaba se lo repartieron de inmediato, aunque lo único de valor era una cajetilla de cigarrillos. Le quitaron los zapatos y lo obligaron a ponerse unos calcetines viejos. Empezó a tener noción de como era la bartolina donde estaba. Había tres grupos bien definidos: cuatro hombres, uno de los cuales llevaba anteojos, eran el grupo de los políticos. Tivo los encontró gente muy seria, “preparada”, como diría después, y nadie se metía con ellos. El otro era más grande, o sea el de los comunes, donde había desde navajas hasta marihuana, y era el que mandaba. Un tercer grupo, como de ocho, estaba siempre alejado en una esquina. Era el de los maricones. Y, rebotando entre los tres grupos, sin ser admitido en ninguno de ellos, andaba un pobre español de quien decían que era profesor. Lo mantenían alejado y le quitaban las cosas que le mandaban de afuera. Llevaba dos días detenido, y decía que tenía miedo de la hora en que lo soltaran porque una negra terrible lo esperaba en la calle para acuchillarlo.

A Tivo lo quisieron poner con los maricones. Pero una vez en aquella esquina, al sentir que su presencia suscitaba apetitos y manifestaciones que jamás había conocido en su vida y ni siquiera sospechaba que pudieran existir en la gente, empezó a tirar patadas, pescozones y gritos.

Se le salieron los alientos rurales de quién sabe cuántas generaciones, y se volvió más terrible que el mismo Juvenicio Charancaco en sus peores momentos. Todos los de la bartolina empezaron a pedir de inmediato, agitadamente, que lo sacaran de aquella esquina, que lo mandaran a otro grupo, que volviera la tranquilidad a la cárcel. Lo pasaron con los comunes, y se portó tan bien con todos que era uno de los que más recibía cuando llegaba algo de afuera o cuando pasaban la culebra.

Así estuvo cuatro días y al salir se dio cuenta de que era un hombre con mucha suerte. Allá adentro había conocido gente que estaba detenida desde hacía tiempo, sin que nadie hubiera reclamado nunca nada, sin que hubiera juicio pendiente ni esperanzas de salir.

Con la libertad recobrada, se dedicó a vagabundear otra vez, pero con bastante cuidado. Ya conocía bien cuáles eran las zonas de peligro y se volvió sumamente desconfiado. Evitaba dormirse en cualquier parte y tenía buen ojo para esquivar las patrullas de la policía.

Un día se llevó un gran susto. Andaba paseando y en eso vio soldados del Ejército con su equipo de combate puesto. Andaban reclutando. Tenían cercadas dos manzanas enteras de casas y se enfrentaban a madres que pedían la devolución de sus hijos adolescentes, o a pobladores indignados que los insultaban y les lanzaban piedras y huevos podridos. Tivo se tiró por un callejón, se saltó cuatro tapias, se dislocó un tobillo; pero hubiera preferido llegar a lo que fuera por tal de no pasar nada parecido a lo que una vez vivió en el cuartel de Santa Rosa.

Otra vez vio el lugar donde exprimieron todo el amor del corazón de Anita, “la cazadora de insectos”. Le

llamó la atención el lugar y vio a las muchachas en el balcón de piedra, Anita, Sussy y Sara, agitando las manos a los muchachos. Abajo había una gran verja y ellos pasaban en carro junto a ella, a gran velocidad, y al dar la vuelta hacían chillar con fuerza las llantas. Ellas saludaban, blancas y sonrientes. A Tivo también le llamó la atención lo bonitas que eran las muchachas, pero no entendió nada.

Después que se detuvo en el parque más céntrico de la ciudad, y se quedó horas enteras contemplando a los lustrabotas en su trabajo. Recordó con tristeza la vez que quiso, sin éxito, ser lustrabotas, iniciarse en el arte de limpiar el calzado. Hasta pensó si el Señor Secretario Municipal no lo mandaría a meter a la cárcel, en caso de que regresara al pueblo; y arrugaba la cara, pensando en la vergüenza que le había hecho pasar ante los funcionarios del Ministerio.

CUATRO

Esas fueron las últimas veces que se vio a Tivo. Alguna gente, sobre todo del pueblo, andaba diciendo después que se había muerto. Pero eran puras mentiras. No se había muerto ni se ha muerto todavía, años después de que ocurrieron estas cosas. Se dedicó a recorrer varias ciudades del país, generalmente en el norte, cerca de la costa, haciendo trabajos pequeños con los que se ganaba honorablemente la vida. Trabajos de hojalatería, de jardinero, remendador de zapatos, vendedor de helados en las calles calientes de San Pedro o La Lima, de todo. Siempre ha encontrado algo para estar haciendo, aunque no le dé gran cosa en dinero. A pesar de que no se le volvió a ver, en ese plan se maneja todavía. Me imagino que debe estar un poco viejo, y tal vez golpeado por tanto sufrimiento. Pero Tivo no va a rendirse nunca. Abrirá sus grandes ojos muchas veces más.

Yo me había olvidado de esta historia y me había acostumbrado a no pensar en ella. Creía que simplemente Tivo había desaparecido y que nunca más encontraría un rastro suyo. Pero un día me encontraba plati-

cando en un grupo donde estaban Jorge, Ricardo, Marco y Róger, mis amigos. Habían pasado ciertas cosas en esos días y la policía andaba cateando casas en los barrios de la ciudad. Vimos tres soldados entrar a una casa de dos pisos donde hay una pequeña pulperia. Empezaron a darle vuelta a todo —a saber qué andarían buscando—. Nos acercamos a curiosear y vimos que tiraban cosas a la calle: cajones, cajas, sillas, pedazos de colchón y un montón de cachivaches más. Estaban como endemoniados.

Se oyó un gran estruendo, como si miles de tablas hubieran sonado al mismo tiempo. La tierra tembló y parecía que la casita se iba a caer. Los curiosos corrieron asustados hacia todos lados. Cinco soldados más se movilizaron, queriendo atajar a un muchacho moreno, pequeño y fuerte, que salió corriendo. Se tiró, atravesando otra casa, hacia la calle del fondo, y ni con los disparos que le hicieron pudieron detenerlo.

Resulta que en esos días los soldados andaban maltratando gente —quién sabe qué orden les habrían dado— y, cuando registraban esa casa, el muchacho estaba dentro. Querían golpearlo allí mismo y llevárselo porque decían que andaba metido en política. Le lanzaron el primer culatazo, pero lo esquivó, y el soldado que se lo lanzó dio un paso en falso. El muchacho lo sentó de un golpe y le quitó la carabina. A los otros dos los tiró escaleras abajo con un buen empujón, y no pudieron hacer nada. Empezaron a gritar, pidiendo ayuda a los de las patrullas. Afuera se movilizaron cinco más, pero antes de que pudieran llegar, el muchacho se había abierto paso entre la gente que curioseaba, y se había escapado.

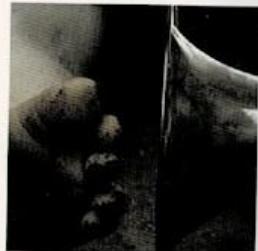
—Ese, —me dijeron mis amigos, señalándolo mientras salía,— es un muchacho que trabaja en una fábrica de clavos. Es un tipo muy retraído, pero tiene buenas ideas. En todo el barrio dicen que pega fuerte, aunque también es muy estudioso. Por la noche asiste a un colegio. Dicen que es muy decidido para sus cosas. Es el hijo de Tivo.

“- ¡Ya tenemos corneta, mi Capitán!, ¡ya tenemos corneta! Allá por la bodega está uno que es un gallo para la música. Vaya usted para que se convenza. ”

Han transcurrido ya tres décadas desde la primera edición de *El corneta* y sigue siendo un texto tan vigente ahora como en aquellos años.

Las situaciones y la realidad que se describe en esta exitosa novela de Roberto Castillo deben ser tema de análisis y de diálogo para comprendernos y entender mejor nuestro presente.

EL CORNETA



Fueron los jóvenes los que validaron esta obra, ya que ellos le dieron sentido de pertenencia. Entrado el siglo XXI esperamos también que sean ellos quienes la lean y contribuyan así a transformar el país que los ha visto nacer.

ALFAGUARA
SERIE ROJA

PRISA EDICIONES



